

# **MADRID, CIUDAD Y ARQUITECTURA (1808-1898)**

**Pedro NAVASCUES PALACIO**

## **INTRODUCCION**

La culminación de algunos de los proyectos arquitectónicos y urbanísticos iniciados por Carlos III en Madrid, se vieron bruscamente interrumpidos en los días finales del reinado de Carlos IV a causa de la invasión francesa de 1808. Otro acontecimiento de no menor calado político, el Desastre del 98, vendría a cerrar el período estudiado en estas páginas que, prácticamente, coincide con el grueso del siglo XIX. La población de la capital pasó entonces de 160.000 habitantes, al iniciarse el siglo, a 540.000 en el año de 1900. El pulso de Madrid en este largo período, como ciudad y arquitectura, resulta muy distinto según los momentos en que comprobáramos sus latidos, pues las vicisitudes políticas pesan de manera decisiva en la actividad edilicia y ésta reclama más que ninguna otra actividad una estabilidad tanto política como económica que no siempre se dio en nuestro siglo XIX. Resulta fácil imaginar que el Madrid salido de la Guerra de Independencia vería con muchas dificultades la reactivación de la arquitectura, mientras que bajo la euforia del Madrid Alfonsino se entiende bien la multiplicación de edificios tanto de carácter público como privado. Entre una y otra etapa, entre el Madrid de Fernando VII y el de Alfonso XII, hay un largo puente que coincide con el Madrid de Isabel II, en el que la ciudad rompe su estrecho molde y se decide a cambiar de imagen, primero con la reforma de su casco antiguo y después ensayando la alternativa del Ensanche.

Desde este punto de vista resulta factible el establecimiento de una triple división cronológica en la historia edilicia y urbana de Madrid, coincidiendo con cada uno de los tres tercios del siglo que políticamente responden a los tres monarcas citados. Esto es, tras el episodio de la Guerra de Independencia (1808-1813), cabe señalar en primer lugar la existencia de un Madrid Fernandino (1814-1833) en el que el triunfalismo en torno al Deseado se vio limitado por la penuria de la situación económica. Son muchos los proyectos soñados para Madrid pero muy pocos los que llegan a

realizarse. Algunos, paradójicamente, continúan empresas iniciadas por José Bonaparte y otros fueron impulsados directamente por Fernando VII, pero muy pocos pasaron del papel a la realidad, y aún éstos con muchas dificultades. Cuando en 1822 se abrió un concurso para conmemorar el sacrificado heroísmo del Dos de Mayo, con objeto de erigir el conocido Obelisco que lleva este nombre en el Campo —hoy plaza— de la Lealtad, su ganador, Isidro Velázquez, nunca cobró el premio ofrecido por el monarca, al tiempo que para levantar este bello pero sencillo monumento hicieron falta hasta dieciocho años. En esta etapa todavía sigue siendo la Academia de Bellas Artes de San Fernando el lugar en el que se formaban los futuros arquitectos, siempre sobre una base vitrubiana, alimentando así el último capítulo del neoclasicismo español, más rico en sus ejercicios gráficos que en sus realizaciones. Madrid cuenta con algunos edificios y monumentos conmemorativos que han sobrevivido al desprecio que durante mucho tiempo sufrió esta arquitectura académica.

Tampoco las reformas urbanas emprendidas en calles y plazas, como la de Oriente, contaron con la debida financiación y quedaron interrumpidas para siempre. Ni el rey, ni el Ayuntamiento, ni la Iglesia, ni los particulares, pudieron acometer obras de empeño y cuando esto se intentó se paralizaron durante años hasta el reinado de Isabel II. Así sucedió, por ejemplo, con edificios tan representativos de este período como el Teatro Real. Es este Madrid Fernandino el que Mesonero Romanos recoge y describe en su *Manual de Madrid* (1831) y es éste el Madrid que puntualmente reproduce a escala el excepcional modelo ejecutado por León Gil del Palacio, en 1830, que se conserva en el Museo Municipal.

Bajo Isabel II (1833-1868), y pese a los problemas graves que hubieron de afrontarse en este reinado, Madrid inició una lenta pero sostenida recuperación de la ciudad, de tal manera que no sólo se finalizaron proyectos iniciados por Fernando VII, sino que se emprendieron obras del máximo alcance para la futura historia de Madrid, como son la reforma de la Puerta del Sol, el Ensanche o el llamado Canal de Isabel II, que permitiría el abastecimiento de agua a una ciudad que iba a conocer un importante crecimiento de población. Reformas, alineaciones, plazas, fuentes, casas de renta, palacetes, paseos, jardines, pasajes cubiertos, edificios públicos, estaciones de ferrocarril, mercados y un largo etcétera cambiaron la fisonomía de la ciudad, devolviéndole una alegría perdida. A todo ello contribuyeron los nuevos arquitectos salidos de la recién creada Escuela de Arquitectura de Madrid (1844), donde la formación recibida se adecuaba mejor a las nuevas necesidades de la sociedad, más allá del mero ejercicio del dibujo y conocimiento de los órdenes clásicos. Así mismo, en la Escuela de Ingenieros de Caminos, definitivamente consolidada en 1834, se formarían aquellos facultativos que supieron resolver los grandes problemas que Madrid tenía planteados como ciudad. El nombre de Lucio del Valle unido al Canal de Isabel II o el de Castro vinculado al Ensanche, son buenas pruebas de ello, si bien no es menos cierto que ambos aunaron en su persona la doble titulación de ingeniero y arquitecto.

Este proceso de crecientes mejoras urbanas en cuya fase inicial se encuentra el propio Mesonero Romanos y su *Ojeada rápida sobre el estado de la capital y los*

*medios de mejorarla* (c.1835), está entretejido con las distintas fases del proceso desamortizador de los bienes eclesiásticos, con el derribo de la cerca y con la desaparición de otros muchos signos propios del Antiguo Régimen y de gran incidencia en la imagen física de la ciudad, que fueron dándole paulatinamente un carácter más abierto y liberal. En este ambiente se produjeron algunos levantamientos revolucionarios, cada vez más importantes y magistralmente novelados por Galdós, desde los de 1848 y 1854 hasta el definitivo de Septiembre de 1868, año en que Fernández de los Ríos publica *El futuro Madrid. Paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución*. En sus páginas se deja ver el deseo de modernizar la ciudad, tomando con frecuencia como modelo París, ciudad desde la que escribe su autor. El tono progresista del libro empuja algunas de las realizaciones que tendrán lugar en Madrid durante el Sexenio democrático.

En el último tercio de siglo, entre 1868 y 1898, asistimos a una veloz secuencia histórica en la que se suceden la mencionada Revolución de Septiembre, un Gobierno Provisional, la breve monarquía de Amadeo de Saboya, la Primera República y, en 1875, la Restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII, seguida, desde 1885, de la Regencia de María Cristina de Habsburgo. No es éste el lugar para ponderar la importancia decisiva que Madrid juega en todo este proceso pero si se hablará más adelante de la repercusión que aquellos acontecimientos tuvieron en sus calles y plazas, desde la última ola de derribos de conventos y monasterios hasta la nueva y espectacular arquitectura ecléctica del Madrid Alfonsino que dotó a la ciudad de un porte monumental digno de una capital. Los nuevos edificios del Banco de España, Ministerio de Fomento, Bolsa de Madrid, Academia de la Lengua, Escuela de Minas, catedral de la Almudena, la Real Basílica de Atocha y un largo etcétera, ponen de manifiesto esta recuperación de la arquitectura singular de tono monumental y cosmopolita, al tiempo que la alta burguesía madrileña se instala en las confortables casas que van consolidando el Ensanche. Este, desgraciadamente, fue desvirtuándose, no tanto en el plano como en los límites inicialmente impuestos a su edificación y organización de las manzanas propuesta por Castro. A cambio de ello la construcción del Ensanche ganó en nobleza e interés arquitectónico.

Desde el punto de vista urbanístico lo más notable sería el proyecto de la Gran Vía, entendida como una operación traumática sobre el casco antiguo al modo de las efectuadas por Haussmann en París años atrás. La idea de la Gran Vía, como calle amplia y de trazado recto impuesto a la vieja trama urbana, para resolver el problema cada vez más acuciante del tránsito rodado, tenía antecedentes en el Madrid isabelino, y formaba también parte de las soluciones ofrecidas por Fernández de los Ríos. Pero hasta 1886, con el proyecto de Carlos Velasco aprobado por el Ayuntamiento, no se puso en marcha el lentísimo proceso de ideas, trazados, variantes, expropiaciones, etc. haciendo que la Gran Vía madrileña se ejecutara ya en el siglo XX, esto es, fuera de su tiempo. La "polca de las calles" o el "vals de Caballero de Gracia" de la zarzuela *La Gran Vía* (1886), que inmortalizó la música de Federico Chueca, pone de manifiesto la trascendencia popular que alcanzó dicho proyecto.

Frente a lo costoso de cualquier reforma interior y a la lenta consolidación del Ensanche, Madrid aún hubo de conocer en el extrarradio, antes de finalizar el siglo, la revolucionaria propuesta de la Ciudad Lineal inventada por Arturo Soria. Con todas las ventajas de la ciudad tradicional y ninguno de sus inconvenientes, Soria fue madurando su ciudad ideal hasta pasar a la acción en 1894, cuando funda la Compañía Madrileña de Urbanización con el fin de construir una ciudad lineal de cincuenta kilómetros de longitud para una población de treinta mil almas. Sólo una pequeña parte se llegó a realizar —hoy absolutamente desvirtuada— pero resta sin duda como una de las aportaciones mas fecundas a la moderna historia del urbanismo (1).

### LA GUERRA Y JOSE BONAPARTE (1808-1813)

*¿Cómo V.A. puede pensar que un hombre que no tiene pan ni zapatos que dar a los que tienen la desgracia de servir a sus órdenes, puede emprender construcciones de medio millón de reales?*

(Carta de José Bonaparte al general Berthier, 1811.)

Pese a lo breve de este período resultan fundamentales en la historia de Madrid los años de la ocupación francesa como triste prólogo de nuestro siglo XIX. No obstante aún es posible extraer algunas consecuencias que pudieran entenderse como positivas, como fue la construcción de los primeros cementerios de Madrid o las medidas desamortizadoras que permitieron "la reforma material de la población", según pondera Mesonero Romanos en su *Manual de Madrid*.

José Bonaparte había entrado en Madrid el 20 de julio de 1808 si bien la posterior derrota francesa en Bailén le hizo dejar la ciudad en el mes de agosto, a la espera de recibir los refuerzos de su hermano Napoleón. Este tiempo lo aprovechó la Junta de Defensa para encargar a don Tomás de Morla y al Marqués de Castelar un plan de fortificación, asignando a cada uno de los diez cuarteles en que se dividía la ciudad, un arquitecto asesorado por un militar y un carpintero como auxiliar. De poco o nada sirvieron estas precauciones pues rodeada la ciudad por las divisiones de Napoleón

---

(1) Con carácter general podemos mencionar dos obras que afectan al contenido de estas páginas y que incluyen abundante información sobre los distintos temas aquí apuntados: NAVASCUES PALACIO, P.: *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1973; y RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976. Posteriormente han ido apareciendo otros muchos trabajos por lo que es aconsejable consultar repertorios como el de URRUTIA NÚÑEZ, A.: "Bibliografía básica de arquitectura en Madrid. Siglos XIX y XX", *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, Universidad Autónoma de Madrid, 1991. Asimismo resulta de gran utilidad el manejo de los cinco volúmenes de la obra colectiva sobre *Madrid* (Madrid, Espasa-Calpe, 1979-1980), y la *Guía de Arquitectura y urbanismo de Madrid*, en dos tomos, publicada por el Colegio Oficial de Arquitectos (Madrid, 1983).

Bonaparte (2), su temible artillería abrió fuego contra las débiles tapias de Madrid el 3 de diciembre de 1808 y al día siguiente capitulaba la ciudad. Por entonces los franceses ya habían hecho obras en el Retiro, fortificando la Real Fábrica de Porcelana, que acabaría por desaparecer, y el Observatorio Astronómico donde se colocó una pieza de artillería. El inmediato e inacabado Museo del Prado sufrió bastante así como el Jardín Botánico, todo lo cual debió de producir honda amargura en el arquitecto Juan de Villanueva, quien vio en una situación extrema el conjunto más preciado de su obra.

Son estos los últimos años de vida de Juan de Villanueva, que seguía ostentado el cargo de Maestro Mayor de Madrid, pese a que no acudió como académico de San Fernando a jurar fidelidad a José Bonaparte en la sesión habida en la Academia de Bellas Artes en febrero de 1809, según exigía el Real Decreto de 16-II-1809. Villanueva mantuvo, en efecto, una actitud distante con el nuevo régimen, no sólo ante el rey sino ante el propio Ayuntamiento, con quien desde 1809 se enfrentó reiteradamente, si bien los munícipes siempre le trataron con enorme respeto reconociendo su valía y evitando choques frontales. Buena prueba de ello es que se encomendaron a otros arquitectos como Cuervo y Pérez algunos de los cometidos que el ya anciano Villanueva debería haber desempeñado en razón con su empleo. De todos modos, Villanueva, hasta los días mismos de su muerte estuvo vinculado a sus quehaceres como arquitecto del municipio, asistiendo semanalmente al mantenimiento del Paseo del Prado.

La única obra de importancia que Villanueva culmina en estos años fue el Cementerio General del Norte, que serviría de pauta para los cementerios madrileños levantados posteriormente en la época de Fernando VII. La obra, hoy desaparecida, la conocemos de antiguo merced a la descripción hecha por Madoz, quien destaca la capilla funeraria "*fabricada con proporción y gusto*", pero sobre todo por el hallazgo del proyecto original que muestra un neoclasicismo más rico que lo que llegó a ser en realidad (3). Se trata del primer cementerio monumental construido en la ciudad, iniciado hacia 1804 y terminado en 1809, esto es, coincidiendo con el Real Decreto (4-III-1809) sobre la construcción de cementerios fuera de la ciudad. Como contrapunto a este cementerio neoclásico de Villanueva cabe citar el modesto y "sin estilo" de la Sacramental de San Pedro y San Andrés, detrás de la Ermita de San Isidro, construido en 1811 y que es hoy el cementerio más antiguo de Madrid, una vez desaparecido el citado del Norte, más allá de la Puerta de San Bernardo, y el del Sur (1810), de muy corta vida, saliendo de Madrid por el puente de Toledo (4).

---

(2) *Plan topographique de la Ville de Madrid et de ses environs avec la position de l'Armée Française pendant le bombardement. Le 3 Décembre 1808.* Levé par les Officiers du Corps des Ingenieurs Géographes Militaires".

(3) SAGUAR QUER, C.: "La última obra de Juan de Villanueva. El Cementerio General del Norte", *Goya*, 1987, núm. 196, págs. 213-221.

(4) SAGUAR QUER, C.: "El cementerio General o del Sur o de la Puerta de Toledo, obra de Juan Antonio Cuervo", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1987, T. XXIV, págs. 111-120.

Por otro lado y a pesar de lo dicho más arriba sobre la actitud de Villanueva frente a José Bonaparte, nuestro arquitecto acabó entrando al servicio del rey con el título de "arquitecto mayor Ynspector de las Obras Reales" (11-IV-1909). Como tal intervino en los proyectos de remodelación del entorno del Palacio Real, que afectaban tanto a las construcciones a derribar para la plaza proyectada a oriente de Palacio, como a los jardines pensados en conexión con el edificio real. Si bien todo esto se quedó en aquel momento en proyecto sí que, en cambio, ejecutó, por encargo expreso de José Bonaparte, el paso abovedado que uniría el Palacio con la Casa de Campo, donde a su vez organizó los accesos en un inteligente proyecto (5) y redibujó el Jardín del Caballo (6), todo ello en 1810. Al año siguiente moría Villanueva, con lo que desaparecía el último representante de un neoclasicismo riguroso y sin fisuras, cediendo el paso a la siguiente generación.

De ésta fue Silvestre Pérez uno de los arquitectos mas destacados al que, además, cumplió dar forma a los sueños urbanísticos de José Bonaparte (7), quien merecidamente se ganó el sobrenombre de "rey plazuelas" por la serie de pequeñas plazas que abrió en el interior de la ciudad, sobre los solares de conventos ahora derribados en una primera medida desamortizadora con la que se inicia la larga serie del siglo XIX. Surgieron así plazas como la de Santa Ana (1812), donde Silvestre Pérez colocó sobre la taza de una fuente la estatua de Carlos V y el Furor, hoy en el Museo del Prado y obra magnífica de Leoni, con una clara intencionalidad política de imperial recuerdo (8).

Fueron muchas las plazas entonces abiertas, sin ninguna relación entre sí y como simples operaciones de alivio viario, las cuales conservan en sus nombres actuales el recuerdo de la dedicación de las antiguas iglesias y conventos (San Miguel, Mostenses, San Ildefonso, San Martín, etc.), perdiendo actualidad rápidamente los conocidos planos de Madrid de Tomás López o el más inmediato de Martínez de la Torre (1800) (9). Pero de todo cuanto hizo Silvestre Pérez entre el 17 de enero de 1810, fecha en que a instancias del rey es nombrado Arquitecto de Madrid, en una especie de velado relevo de Villanueva al frente del cargo, y el año de 1812, lo más interesante es el proyecto que preparó, en mayo y julio de 1810, para unir el Palacio Real con la iglesia de San Francisco. José Bonaparte, quien ya había realizado algunas obras urbanísticas en su anterior destino como rey de Nápoles y que envidiaba los grandes proyectos de su hermano el Emperador sobre París, quiso emprender una singular y poderosa obra dotando a la ciudad de una serie de plazas monumentales, esta vez

(5) MOLEON GAVILANES, P.: *La arquitectura de Juan de Villanueva*, Madrid, 1988, págs. 315-321.

(6) NAVASCUES, P.; ARIZA, M.C., y TEJERO, B.: "La Casa del Campo", *A propósito de la "Agricultura de los Jardines" de Gregorio de los Ríos*, Madrid, Real Jardín Botánico, 1991, págs. 137-159.

(7) CHUECA GOITIA, F.: "José Bonaparte y Madrid", *Villa de Madrid*, 1950. núm. 6, págs. 46-52.

(8) ESPADAS BURGOS, M.: "Vicisitudes políticas de una estatua: El 'Carlos V' de León Leoni", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. IX, 1973, pp.503-509.

(9) MARTINEZ DE LA TORRE, F.: *Plano de la Villa y Corte de Madrid*, Madrid, Imp. de Joseph Doblado, 1800.

vinculadas entre sí, como si se tratase de la secuencia espacial de los foros imperiales de Roma. La conversión de la iglesia de San Francisco en Salón de Cortes justificaba el desarrollo lineal de tales plazas entre el Palacio Real y la iglesia franciscana, resolviendo con un monumental viaducto el paso sobre la honda calle de Segovia. El resultado es, sin duda, magnífico, no sólo por la distinta definición espacial de cada una de las plazas sino por la arquitectura porticada que las acompañaba, así como por el arco de triunfo, obelisco y retrato ecuestre del monarca que daba hilazón y continuidad al eje principal del proyecto. Este, magníficamente dibujado por Pérez, lleva anotaciones en francés, muy probablemente del propio José Bonaparte, inductor del proyecto, que encontró en este antiguo pensionado en Roma el mejor intérprete para estos sueños de grandeza que estaban muy lejos de la realidad de aquel Madrid que se moría de hambre en estos años, tal y como lo recoge Goya en algunos de sus aguafuertes de "Los Desastres de la Guerra" o como esperpénticamente pintó José Aparicio.

El proyecto de Pérez se incluía en otro de análoga ambición y alcance cual era el de adecentar el inmediato entorno del Palacio Real, así como su conexión con la ciudad y alrededores. Ya se mencionó a Villanueva en este sentido y ahora conviene señalar las expropiaciones efectuadas en el costado oriental del Palacio para formar allí una gran plaza que no dio tiempo a configurar pero sí, al menos, a realizar la tarea más compleja expropiando y derribando manzanas enteras que quedaron como inmenso erial hasta los años de Fernando VII. El citado modelo de Madrid de León Gil de Palacio permite ver muy bien el estado en que quedó la ciudad tras éstas y otras muchas reformas de las iniciadas por el rey José, las cuales tendemos a interpretar cada vez más como fruto de un programa revolucionario que iba más allá de las espectaculares propuestas ilustradas de Carlos III, esto es, la reforma y saneamiento interior de la ciudad.

Aún hubo de hacer Silvestre Pérez otros proyectos para el rey José, proyectos que tanto le comprometieron políticamente, como el del Arco de Triunfo que le encargó el Ayuntamiento de Madrid para festejar la vuelta del monarca tras su victoriosa campaña de Andalucía (1810), además de otros muchos cometidos, entre los que se encuentra su negativa a derribar la perdida fachada de la iglesia de los Mostenses de Ventura Rodríguez por consideraciones estéticas (10). Pese a ello, el Ministro del Interior, Almenara, dispuso en mayo de 1812 que Pérez fuera el arquitecto conservador de todos los edificios que dependían de su ministerio, con un estimable sueldo con cargo al Ayuntamiento, lo cual equivalía a su reconocimiento como Arquitecto Mayor, una vez fallecido Villanueva. No obstante, poco durarían aquellas alegrías pues José Bonaparte abandona la ciudad en agosto de aquel año, tras el avance de las tropas de Wellington, y con él Silvestre Pérez y demás afectos al rey "intruso".

---

(10) Sobre este y otros aspectos de los años de la guerra vid. NAVASCUES PALACIO, P.: "Arquitectura y urbanismo", *La época del Romanticismo (1808-1874)*, (*Historia de España* de R. Menéndez Pidal, vol. XXXV\*\*), Madrid, 1989, pág. 573 y ss.

Entre los arquitectos que pudieron llevar a cabo alguna obra de interés se encuentra Juan Antonio Cuervo, quien, en 1811, dio fin a la iglesia de San Nicolás, que responde, en términos generales, a fórmulas que cuentan en Madrid con una larga tradición, ofreciendo tan sólo su fachada —hoy alterada— un tímido y heroico clasicismo, dadas las circunstancias. Goya, amigo del arquitecto, retrató a Cuervo sosteniendo precisamente el plano de la iglesia de San Nicolás en la mano, en un conocido lienzo que guarda hoy el Museo de Arte de Cleveland.

Como contrapunto a esta arquitectura monumental cabe señalar la existencia de las modestas viviendas característicamente madrileñas, conocidas vulgarmente como casas de corredor o de Tócame-Roque. Así aparecían ya en el siglo XVIII, de las que se hace eco Ramón de la Cruz en el sainete *La Petra y la Juana o el Buen casero*, y así se siguen manteniendo en estos años. Si leemos a Galdós en su "Napoleón en Chamartín", comenta a este respecto: "La casa ... era de esas que pueden llamarse mapa universal del género humano, por ser un edificio compuesto de corredores, donde tenían su puerta numerada multitud de habitaciones pequeñas para familias pobres. A esto llamaban casas de Tócame-Roque, no se por qué" (11). Es decir, se refiere a tantas casas que aún se conservan en el sur de la ciudad, en las inmediaciones de la calle y Puerta de Toledo, calle del Águila y Ribera de Curtidores. Su estructura es muy sencilla, de ladrillo y madera, y tienen como nota común un patio formado por largos corredores abiertos a los que se abren las puertas numeradas de las viviendas, cuyo esquema se repetirá hasta la segunda mitad del siglo XIX.

#### EL MADRID DE FERNANDO VII (1814-1833)

*En los primeros años del presente siglo, era Madrid un pueblo feísimo, con pocos monumentos de arquitectura, con horrible caserío, ...*

(A. Alcalá Galiano: *Recuerdos de un anciano*, Madrid, 1878.)

El inacabado proceso de las actuaciones de José Bonaparte y los daños que la presencia de las tropas francesas supusieron para muchos de los edificios, así como la pobreza generalizada de la ciudad, explicarían las palabras de Alcalá Galiano. No obstante, es justo reconocer que el rey intentó un programa edilicio, en parte de carácter triunfalista pero en parte también ilustrado, así como el esfuerzo del Ayuntamiento por llevar a cabo una serie de mejoras urbanas que paliaran aquella triste imagen. Sin embargo todo el período fernandino no es sino un constante intento por construir una ciudad que no se puede financiar y de ahí la

---

(11) PEREZ GALDOS, B.: "Napoleón en Chamartín", *Episodios Nacionales*, t. I, cap. III, pág. 566 de la ed. de Aguilar, Madrid, 1963. Sobre el reflejo de Madrid en la literatura vid. BAKER, E.: *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Madrid, 1991.



tediosa prolongación de las obras, interrumpidas mil veces o suspendidas indefinidamente, pese a su modestia.

Madrid cuenta en estos años con una serie de arquitectos pero son los nombres de Isidro Velázquez y de Antonio López Aguado quienes protagonizan los proyectos más interesantes, el primero como arquitecto del rey y el segundo como Maestro Mayor de Madrid. Ambos pertenecen a la misma generación de Silvestre Pérez y, como él, también se habían formado en la Academia, habiendo sido Isidro Velázquez discípulo y colaborador muy directo de don Juan de Villanueva. La realidad de la guerra y la cesura que significó unos años de obligada inactividad, hicieron que la nueva arquitectura de la etapa fernandina fuese distinta de la de años atrás, careciendo del tono monumental y épico de las obras del siglo XVIII, como pudieran ser la Puerta de Alcalá o el Museo del Prado. Pero no sólo fue la escala lo que había variado sino también el carácter de la propia arquitectura, pues ni las circunstancias ni la sensibilidad podían ser las mismas. Surge así un neoclasicismo más medido y realista, de fuerte personalidad y fácil de identificar como fernandino. Su planteamiento estético basado en la tiranía de los órdenes, tal y como enseñaba la Academia, respondía a la realidad política del monarca absoluto que no pudo frenar el Trienio Constitucional.

La mayor parte de los proyectos que Isidro Velázquez realizó en Madrid han desaparecido, de tal manera que tan sólo quedan el Obelisco del Dos de Mayo, ya aludido, y parte de la impronta urbana de la malhadada Plaza de Oriente, la cual hubiera sido, en palabras del propio Isidro Velázquez, la "única obra que me hubiera dado esta gloria", al referirse a las pocas ocasiones que él y los hombres de su generación tuvieron para mostrar su talento. El Obelisco a los héroes del Dos de Mayo formaba parte del inicial plan aprobado por las Cortes de 1814 para perpetuar la memoria de su heroísmo con "una sencilla pirámide", pero todo se fue dilatando hasta que el Ayuntamiento constitucional de 1821 aprobó las bases del concurso al que acudieron varios arquitectos pero también pintores como Brambilla y, muy probablemente, el mismo Goya, de quien se conserva en el Museo del Prado un interesante dibujo con una pirámide. No se olvide que Goya también participó en estos encargos conmemorativos con sus dos célebres lienzos de "Los Fusilamientos" y "La lucha con los Mamelucos", por encargo del mismo Fernando VII. El proyecto ganador de Isidro Velázquez, del que se conserva el modelo en madera a escala en el Museo Municipal (1822), es un elegante obelisco sobre un pedestal en el que cuatro figuras alegóricas del Valor, el Patriotismo, la Virtud y la Constancia, acompañan sendos medallones con las cabezas de Daoíz y Velarde así como las urnas funerarias con los restos de los héroes de aquella jornada. El carácter funerario del conjunto se vio realizado en su momento con la plantación de una serie de cipreses y sauces que hicieron de este Campo de la Lealtad un escenario sentidamente romántico. Velázquez manejó con éxito este lenguaje de los pequeños monumentos, siendo de recordar, aunque efímeros, los cenotafios para las exequias de las reinas doña María Isabel de Braganza (1819), muy próximo al Obelisco del Dos de Mayo, y doña María Josefa Amalia de Sajonia (1829), ambos levantados en el imponente interior de la iglesia de San Francisco el Grande.

Sin posibilidades económicas para hacer frente al costoso proyecto de Silvestre Pérez en relación con la serie de plazas sobre el eje de la de la Armería en Palacio, Fernando VII encargó a Isidro Velázquez el proyecto para acondicionar una plaza ante la fachada de oriente del Palacio Real. Nada se había podido iniciar mas allá de los derribos de sus edificios, de tal manera que se hallaba despejado el terreno para iniciar una obra que desde sus dos proyectos iniciales y su parcial realización, se fue desnaturalizando paulatinamente. El proyecto de Velázquez era de un gran interés al concebir un espacio áulico de planta circular, de modo semejante al del Foro Bonaparte que Antolini había proyectado en Milán (1801), e incorporando un Teatro Real en el eje frontero al Palacio. De este modo el Palacio rompía el aislamiento al que su cerrada concepción le había impuesto, para ampliar su real arquitectura a través de este "Foro Fernandino" y del Teatro. Comenzadas las obras, las cuales suponían la reordenación viaria de la zona inmediata, hubieron de interrumpirse constantemente hasta su definitiva paralización, y como no se encontraron medios para rematarla aún se hubo de derribar parte de lo ejecutado. Con ello se perdió la posibilidad de una bellísima plaza porticada de orden dórico, así como las rotondas en las que remataban los brazos del círculo. Sería en época de Isabel II cuando Narciso Pascual y Colomer definiera el espacio actual de la plaza y de algunas de las manzanas entonces iniciadas. Por su parte el Teatro, obra de López Aguado, conocería igualmente retrasos interminables hasta encontrar la financiación del Marqués de Salamanca, también en el período isabelino.

Se conserva, aunque algo transformado, el Salón de Sesiones que Velázquez adecuó, en 1820, para Congreso de Cortes, en la antigua iglesia del Colegio de Doña María de Aragón y que es el salón actual del edificio del Senado. Es sin duda una bella sala neoclásica a la que su posterior historia ha ido restando carácter. Por el contrario, se ha perdido absolutamente todo de cuanto Velázquez hizo del Canal Real, alimentado por el río Manzanares, para unir Madrid con Aranjuez, como ya ambicionara hacer Carlos III. Desde este aspecto hay en Fernando VII una actitud tardo-ilustrada que explicaría algunas de estas empresas. Para el Canal Real hizo Velázquez, en 1818, el conjunto del embarcadero, capilla, almacenes y otras dependencias, rodeado de árboles y jardines, todo muy sobrio pero de interés. Cerca de allí y próxima al puente de Toledo montó igualmente la llamada "mole", monumento compuesto por varias esculturas alegóricas (columnas de Hércules, un león y dos hemisferios), debidas a Felipe Castro y que no habiéndose colocado en Palacio encontraron aquí por un tiempo su reposo. Otro Real Embarcadero, mejor conocido por haber tenido más larga vida, es el que Velázquez levantó en el estanque grande del Buen Retiro (1819), el cual formaba parte de una actuación más amplia en torno al estanque. De ella queda muy maltrecha la interesante "Fuente Egipcia del Dios Canopo", no habiéndose llegado a levantar la "Columna colosal" en medio del estanque, la cual permitiría ver los jardines del Retiro desde una altura considerable. El remate de esta especie de columna Trajana-Fernandina consistía en una figura de Hércules sujetando la Hidra de las siete cabezas, sin duda una hidra liberal, pues de nuevo se acude al mito de Hércules como espejo de los trabajos de la monarquía española, según se venía haciendo desde el siglo XVI.

El recuento pormenorizado de la obra perdida o no ejecutada de Velázquez haría larga esta exposición, pero citaremos tan sólo una de ellas para medir, al menos, el esfuerzo de este arquitecto parar paliar aquella pobre imagen que del Madrid Fernandino nos transmitió Alcalá Galiano. Me refiero al antiguo Colegio de Medicina y Cirugía de San Carlos, en la calle de Atocha, cuyo proyecto data de 1831. La obra, sin embargo, se retrasó pasando a manos de un colaborador suyo en la Plaza de Oriente y sobrino de Juan Antonio Cuervo ya citado, esto es, Tiburcio Pérez Cuervo, autor en 1836 del proyecto definitivo (12). Una vez más hemos de esperar la llegada de Isabel II. Para particulares, como el duque de Alba, aún preparó Velázquez otros bellísimos proyectos, como el de una "Galería de Cuadros, estatuas y demás efectos de belleza de las tres nobles artes" (1825), que tampoco se llegaron a realizar, por lo que en sus últimos años se quejaba amargamente del mero destino gráfico de su arquitectura.

La arquitectura de Antonio López Aguado se halla empeñada en análogos cometidos y, en ocasiones, compartiendo proyectos con Isidro Velázquez como el de la Plaza de Oriente. Así mismo también López Aguado intervino en los modestos monumentos conmemorativos del Dos de Mayo como el que proyectó, como templo "a la griega", y construyó en el Paseo del Prado (1814). Este mismo año, el año de la vuelta del Deseado, López Aguado, que era un exaltado realista, hizo por encargo del Ayuntamiento de Madrid un arco de triunfo en las inmediaciones del Palacio Real, cuya inscripción resulta muy elocuente para ver el carácter de toda esta arquitectura: "La cabeza del pueblo que fue osado al insultar al tirano en su victoria, hoy rinde a su monarca recobrado, homenaje de amor y eterna gloria". Algo análogo se podía leer en la sobrepuesta arquitectura que López Aguado dispuso con tal motivo sobre la antigua Puerta de Atocha, o en el arco de triunfo que se erige para recibir de nuevo al monarca en 1823, cuando después del Trienio Constitucional entra en Madrid acompañado del Duque de Angulema. Posiblemente no se han levantado en la historia de Madrid tantos arcos de triunfo como en los duros y tristes días de José Bonaparte y Fernando VII. Sólo uno de ellos ha sobrevivido como muestra, quizás la más representativa, del exiguo monumentalismo del Madrid de Fernando VII. Nos referimos a la hermosa Puerta de Toledo, cuya dedicación política fue variando de signo, desde que se pensara como obsequio del "Soberano Congreso Nacional" que procedente de Cádiz haría su entrada por esta parte de la ciudad, hasta que Fernando VII obligó el texto que debía figurar en su ático, después de los avatares del Trienio Constitucional: "A Fernando VII el deseado, Padre de la Patria, restituido a sus pueblos, exterminada la usurpación francesa, el Ayuntamiento de Madrid, consagró este monumento de fidelidad, de triunfo, de alegría, año de 1827". La obra, tras su aparente presentación en madera y lienzo pintado, se inició en 1817 y en ella, con mucho juicio, López Aguado reforzó el volumen de la misma con pesados áticos y abultados trofeos en escultura a fin de hacerla capaz de sostener con firmeza el tridente viario que confi-

---

(12) LAVESA, C.: "El Hospital de San Carlos", *Rehabilitación del Hospital de San Carlos, Madrid, 1991*, págs. 91-142.

guran los paseos de los Ocho Hilos —hoy tramo ancho de la calle de Toledo—, de los Olmos y de Pontones. Recuérdese que este trazado se debe a Carlos III, con lo que la actuación de Aguado venía a consolidar sobre el plano esta atención preferente que el sur de la ciudad, como salida real hacia Aranjuez, venía y seguirá recibiendo durante un tiempo. La Puerta de Toledo se encuentra sobre el mismo eje que el monumental Puente de Toledo, desde donde aquélla sostiene con energía y fuerza la distante perspectiva urbana, a pesar de la radical alteración de su entorno. La puerta, de un elegante orden jónico, se hallaba incorporada a la cerca de Madrid, con lo que funcionaba como tal puerta a efectos fiscales y de control de personas. Aún conserva su arco central el montante, a modo de peine, de las pesadas hojas de hierro con las que se cerraba el paso durante la noche.

El fernandino de estos primeros años afectó de modo muy concreto a otros muchos proyectos como el que, también en 1814, propuso la Academia de Bellas Artes al rey. Se trataba de convertir el palacio de Buenavista, palacio que fue de Godoy, en un museo de pinturas que llevaría el nombre de Museo Fernandino (13). En él se instalarían las colecciones reales, la de la propia Academia, además de las obras incautadas durante o después de la guerra. En realidad era una idea que estaba entre lo que quiso y no pudo hacer José Bonaparte y lo que luego sería el Museo del Prado. López Aguado hizo un excelente proyecto, propio de un aventajado alumno de la Academia, de riguroso porte neoclásico, si bien nada de aquello era realizable.

Además de los cometidos ordinarios que debía desempeñar López Aguado como arquitecto de la ciudad, el Ayuntamiento le encargó algunos edificios singulares siendo el mas notable el del perdido Casino de la Reina. Era esta una posesión, en la actual glorieta de Embajadores, que el Ayuntamiento de Madrid regaló a la segunda esposa de Fernando VII, doña Isabel de Braganza. En ella hizo López Aguado, entre 1817 y 1818, una serie de obras muy notables y hoy perdidas o fragmentadas. Sirva de ejemplo la entrada monumental a esta nueva posesión real del Casino, de líneas próximas a Villanueva, que tras ser desmontada hoy sirve de noble ingreso al Retiro desde la Puerta de Alcalá. Para el Casino de la Reina proyectó López Aguado pequeños caprichos y arquitecturas de jardín, en una línea análoga a las "bagatelles" y pequeños edificios con los que enriqueció la bellísima Alameda de Osuna, por encargo de doña María Josefa Alonso-Pimentel, condesa de Benavente y duquesa de Osuna, quien realizó aquí una de las obras mas importantes de los alrededores de Madrid, donde las arquitecturas y sus jardines miran sin complejo otras iniciativas reales. Para allí, entre otras obras, hizo López Aguado el Salón de Baile o Casino (1815), concebido como un pabellón exento, abierto a los jardines, y con un juego de espejos de tradición dieciochesca. Su sobrino, Martín López Aguado, seguiría trabajando para la Alameda en los años siguientes hasta hacer de ella un conjunto absolutamente excepcional como villa suburbana (14).

---

(13) SAMBRICIO, V. de : "El museo fernandino", Archivo Español de Arte, 1942, págs. 132-146, 262-183 y 320-335.

(14) NAVASCUÉS, P.: "Casas y jardines nobles de Madrid", *Jardines clásicos madrileños*, Madrid, Museo Municipal, 1981, págs. 115-150.

Dejaremos a un lado proyectos no realizados por encargo del Ayuntamiento, como el nuevo edificio para el Peso Real (1819), a espaldas de la Casa de la Panadería sobre la calle Mayor, con rasgos que recuerdan al Palladio aprendido en la Academia, o de otros trabajos que han pasado más desapercibidos pero que son de gran importancia, como es la restauración y acondicionamiento de aquella zona del Museo del Prado, que a partir de 1819 expondría parte de las colecciones reales de pintura. El más importante de sus proyectos, al margen de que luego la historia se encargara de desvirtuarlo hasta hacer difícil el reconocimiento de su autoría, es sin duda el del Teatro Real en la Plaza de Oriente. Aguado hubo de ponerse de acuerdo con Velázquez para adecuarlo a la particular alineación circular de su fachada principal, donde el Teatro se alzaría con una solución distinta aunque porticada, del resto de la plaza. La duración de las obras, la posterior intervención de Custodio Teodoro Moreno en la época isabelina y de Joaquín de la Concha, en 1884, las reformas y ampliaciones de Antonio Flórez y Pedro Muguruza (1916-1935), su destrucción en la Guerra Civil y la restauración llevada a cabo por Diego Méndez y Luis Moya en los años 40, hacen absolutamente irreconocible a López Aguado en el Teatro Real que, en nuestros días, vuelve a sufrir nuevas y radicales obras (15). El Teatro Real venía a sustituir al derribado de los Caños del Peral, ocupando una posición clave no sólo respecto a la Plaza de Oriente sino en relación con las nuevas calles de aquel entorno en el que la caprichosa forma del Teatro se convierte en gozne arquitectónico de una reforma urbana. Ahora se proyecta y bajo Isabel II se ejecuta. De ahí el nombre de la Plaza de Isabel II que lleva la que se abre tras su la fachada posterior del Teatro. Este se inició en 1818, en vida de la reina Isabel de Braganza, a quien se tiende a ver como inductora del proyecto, como parece que lo fue, del Museo de Pinturas. López Aguado se propuso competir "con los mejores de Europa y fuese el mayor de los que existen" y si bien ello no fue posible, sí que al menos ocupó durante muchos años un lugar honroso dentro de la arquitectura teatral europea, donde la acústica se cuidó de forma muy especial. Aguado murió en 1831, haciéndose cargo de las obras Custodio Teodoro Moreno, a quien debemos el excepcional modelo del Teatro y su cubierta, hoy en el Museo Municipal.

Este último arquitecto trabajó en los últimos años de Fernando VII, cuando terminó el Oratorio de Caballero de Gracia, cuya fachada no había terminado Villanueva, haciendo un curioso monumento con motivo de los esponsales de Fernando VII y doña María Cristina de Borbón (1829) por encargo del Ayuntamiento, así como el Colegio de Farmacia (1830), llegando a ser en 1833 ayudante del arquitecto mayor de Palacio para luego acceder en propiedad a la primera plaza. Otros muchos arquitectos, además de los citados, como Manuel de la Peña Padura, Pedro Regalado de Soto, Pedro Zengotita, etc., se hicieron cargo de aquella arquitectura más anodina que configura la calle de la ciudad, sujeta a unas ordenanzas que de algún modo mediatizaban el alcance estético del proyecto. Cabello y Lapiedra describía así el aspecto de sus fachadas: "Tres hiladas de sillería, determinadas por la Ordenanza, como base,

---

(15) FERNANDEZ MUÑOZ, A. L.: *Arquitectura teatral en Madrid*, Madrid, 1988 (1989), págs. 196-232.

una fachada de ladrillo con huecos iguales y simétricamente colocados, alero con canecillos de madera y revoco a la cal, imitando piedra o ladrillo, jambas, impostas y demás elementos fingidos, balconaje sencillo y persianas pintadas de verde casi siempre, y en las cubiertas ventanas abuhardilladas de las de asiento de perro" (16). Por otra parte, Mesonero Romanos completa la imagen cuando en "Las casas por dentro" (1832) describe una de tantas de las que se hallaban en las inmediaciones de la Puerta del Sol y que, aparentemente, "la multitud de sus balcones y ventanas; la elegancia de su pintura, aún reciente, y las demás circunstancias que constituyan su adorno exterior" hacían presumir un interior mas digno. La sátira del Curioso Parlante resulta asimismo, de un interés extremo por proporcionarnos la distribución y posición social de sus inquilinos. Aquella era una de las ocho mil casas con las que contaba Madrid, repartidas en quinientas cuarenta manzanas y dando cabida a 211.127 habitantes. Su aspecto parece que empezó a mejorar "tímidamente en 1821, a consecuencia de la creación de la importantísima Sociedad de Seguros Mutuos", según recoge en una nota el propio Mesonero Romanos. El mejor retrato del aspecto físico de todo este caserío nos lo dejó León Gil de Palacio en el modelo de Madrid, a escala 1.864, que realizó entre 1828 y 1830, y que formó parte del malogrado Real Gabinete de Modelos Geométricos Topográficos que Fernando VII fundó en 1832, haciendo a Gil de Palacio su director (17). Entre los muchos modelos que guardaba el Gabinete, instalado en el Casón del Buen Retiro, se encontraban el que Juvara hizo para Palacio Real y otro de la Real Casa de Campo, hoy en paradero desconocido.

### LOS AÑOS DE ISABEL II (1833-1868)

*Madrid, desde la muerte de Fernando VII, ha mejorado tanto como ciudad que los españoles que han vuelto a ella recientemente apenas la reconocen. Su primero y gran benefactor fue el marqués de Poncejos...*

(R. Ford: Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa, Londres, 1845.)

El Madrid isabelino inició un modesto renacimiento urbano, de carácter burgués y progresista, que iba a ir acompañado de un renacimiento arquitectónico del mismo signo. Hasta entonces la ciudad había conservado casi intacta, fuera de las modificaciones ya advertidas, la fisonomía del Madrid de los Austrias con las adiciones de los Borbones. Madrid seguía siendo una ciudad cerrada dentro de sus tapias, con puertas y portillos, que impedían el crecimiento en superficie de la ciudad, obligando

(16) CABELLO Y LAPIEDRA: "Madrid y sus arquitectos en el siglo XIX", Resumen de Arquitectura, 1901, núm. 3, pág. 35.

(17) NAVASCUÉS PALACIO, P.: "Introducción al desarrollo de Madrid hasta 1830", *Madrid hasta 1875. Testimonios de su historia*, Madrid, Museo Municipal, 1979, págs. 15-26.

a sus habitantes a una situación de práctico hacinamiento, a subir como el chocolate en la chocolatera, según escribe Larra al criticar en su artículo *Las Casas nuevas*, "esas que tienen mas balcones que ladrillos y más pisos que balcones", y ello a pesar de su lento aumento demográfico, sobre todo si se compara con las ciudades de París o Londres. Al mediar el siglo París superaba el millón de habitantes, mientras que Londres tenía en la práctica los dos millones de almas; pues bien, Madrid, con sólo unos 200.000 habitantes ofrecía unos índices de densidad de población muy superiores. Así, mientras que en Londres correspondía a cada habitante una superficie 100 m<sup>2</sup>, en París son 34m<sup>2</sup> y en Madrid 26 m<sup>2</sup>.

Otras muchas comparaciones pondrían de manifiesto, ante el Ayuntamiento de Madrid y el Gobierno de la Nación, la clara desventaja de la ciudad en todos los órdenes respecto a otras capitales europeas. Este cotejo tenía, en sí, un elemento positivo cual es el de mirar cuanto sucede fuera, revelando un intento de imitar determinadas actuaciones e incorporar mejoras físicas en la ciudad, las cuales van desde los planes de reforma interior hasta el ensanche, pero que también incluían otros aspectos no menores como son la moderna numeración de las casas por el sistema de pares-impares a derecha e izquierda por calles seguidas, sustituyendo en 1835 el antiguo y engorroso procedimiento de numeración independiente de las manzanas; la publicación en 1841 del muy completo reglamento de policía urbana; la generalización del gas, a partir de 1847, si bien se venía utilizando desde años atrás en el alumbrado público; el suministro de agua a todos los pisos, desde la inauguración del Canal de Isabel II en 1858, asegurando una presión que en el acto inaugural permitió a una fuente alcanzar los 90 pies de altura; etc.

No obstante, el primer y obligado capítulo de la ciudad isabelina lo configuran, inexcusablemente, los efectos del proceso desamortizador iniciado en 1835 y 1836 por Juan Alvarez Mendizábal, al frente de la cartera de Hacienda. La supresión de las órdenes religiosas y la consiguiente enajenación de sus bienes dio lugar al derribo de iglesias y conventos con sus huertas, en un número importante que supuso desde aquellas fechas y buena parte de los años 40 una reconversión de usos y solares, aunque sin relación entre sí, como actuaciones fortuitas que no obedecían a un plan urbanístico sino, en todo caso, al saneamiento de la Hacienda Pública. Sin embargo, dado el número de edificios y su enclave en el corazón de la ciudad, produjo un fuerte impacto en su imagen dando lugar a pequeñas e inconexas intervenciones, análogas a las llevadas a cabo en los años de José Bonaparte, que conviene contemplar. Aunque no todos los solares se emplearon para ensanchar calles, abrir otras nuevas o formar plazas, sin embargo, los nombres de conventos e iglesias como los de la Victoria, San Felipe el Real, Basílios, Capuchinos de la Paciencia, San Felipe de Neri, Recoletos, Trinitarias, Concepción Jerónima, etc., dieron una cierta movilidad urbana y edilicia a la ciudad. Así, por ejemplo, el derribo del convento de la Merced dio lugar a la plaza del Progreso, hoy de Tirso de Molina; sobre el solar de los Mínimos de la Victoria se levantó, entre otras construcciones, el pasaje Matheu, uno de los primeros de nuestra ciudad junto con el de San Felipe Neri, también sobre el convento

del mismo nombre; la primera casa-bloque de Madrid o Casas de Cordero, como se las conocía popularmente por así llamarse su propietario, se construyeron sobre el mismo solar de San Felipe Neri, al comienzo de la calle Mayor; la actual plaza de Bilbao ocupa parte de lo que fue el convento de los Capuchinos de la Paciencia; y así, sucesivamente, se ensancharon, alargaron o regularizaron calles y plazas, en una operación de interminables y continuas nuevas alineaciones que ya recoge el plano de Coello (1848) (18). Este, había sido ejecutado por los ingenieros de caminos Merlo, Gutiérrez y Ribera, por encargo del Ayuntamiento, y se publicó en tamaño reducido para formar parte del *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, como parte del mismo proyecto editorial al que pertenecía el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* de don Pascual Madoz (19). Ambas obras son complementarias y nos han dejado una imagen fiel y ajustada de las transformaciones y mejoras efectuadas en las ciudades españolas, durante los tres primeros lustros del reinado de Isabel II. Cuanto sucede en Madrid tiene analogías y paralelo, aunque con distintas escalas, con lo que acaece en otros núcleos urbanos españoles (20).

Se han citado anteriormente algunos testimonios de don Ramón de Mesonero Romanos, pero correríamos el peligro de infravalorar sus opiniones si lo escuchamos sólo como el gran escritor costumbrista que fue, como "El curioso parlante", y nos olvidáramos de que también desempeñó el cargo de Regidor, en el Ayuntamiento Constitucional de 1846, y que su nombre está estrechamente vinculado a la serie de mejoras propuestas o realizadas en el Madrid de los años 40 y 50 (21). Mesonero Romanos, el mejor conocedor de la ciudad en la primera mitad del siglo XIX (22) y viajero, también "curioso", por Europa, estudió las soluciones posibles a los problemas de la ciudad, partiendo del principal, esto es, "el considerable aumento del vecindario de Madrid", producido, entre otras razones, por "la notoria acumulación en él de cuantiosos capitales, de sociedades mercantiles, y de grandes hacendados y propietarios que han fijado en esta Villa su residencia". Mesonero Romanos plantea la posibilidad inicial del ensanche de la ciudad, la primera vez que se propone en la

---

(18) Para todo lo referente a los planos de Madrid durante el siglo XIX, vid. Cartografía básica de la ciudad de Madrid. Planos históricos, topográficos y parcelarios de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos, 1979; y *Cartografía madrileña (1635-1982)*, Madrid, Museo Municipal, 1982. *Los planos de Madrid y su época*, Madrid, Museo de la Ciudad 1992.

(19) Dicho plano de Coello correspondería al tomo X del *Diccionario de Madoz (Madrid, 1847)*, en el que se incluye "Madrid", con abundante información de primera mano sobre la ciudad en estos años.

(20) QUIROS LINARES, F.: *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Valladolid, 1991.

(21) MESONERO ROMANOS, R. de: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Madrid, Imprenta de Agustín Espinosa y Cía., 1846; y *Memoria explicativa del plano general de mejoras*, Madrid, Imprenta de Agustín Espinosa y Cía., 1849.

(22) Para la historia de Madrid, como ciudad y arquitectura, resultan de inexcusable consulta la obra de Mesonero Romanos, especialmente el ya citado *Manual de Madrid* (1831), al que siguieron tres ediciones puestas al día en 1833, 1844 y 1854, así como un *Apéndice al Manual de Madrid* (1835), en el que la mayor parte está dedicado a los proyectos de reforma; *El antiguo Madrid*, Madrid, Mellado, 1861; igualmente son fundamentales una serie de artículos aparecidos en *La Ilustración, Diario de Avisos, Semanario Pintoresco Español, Museo Universal*, dedicados a la reforma de Madrid y recogidos en el tomo I de una obra póstuma: *Trabajos no coleccionados*, Madrid, Hernández, 1903.



historia urbana de Madrid, pero justifica la imposibilidad de llevarlo a cabo por la falta de agua y por la dificultad de desplazar la cerca, sus puertas y portillos, pues se sigue pensando en una ciudad cerrada. Por otro lado este crecimiento en superficie se encontraba con los cementerios, plaza de toros y otras barreras que impedían, por el momento, realizar tal ensanche. Por todo ello, tras rechazar en 1846 una propuesta concreta del ingeniero Juan Merlo de un primer plan de ensanche, Mesonero apostó por la "regularización y aprovechamiento del espacio que hoy ocupa" la ciudad, obligando "a todos los dueños de obras a sujetarse en la alineación al plano especial de regularidad y ensanche formado de antemano para cada calle", según las normas aprobadas por el Ayuntamiento en 1845.

La momentánea imposibilidad del ensanche no había impedido que mas allá de la cerca se fueran formando pequeños núcleos de población que Mesonero Romanos quiso convertir en "cinco grandes arrabales o burgos", a modo de barrios obreros y modesto cinturón industrial, donde "además de habitación cómoda para la mayoría de los artesanos y gente de escasos medios, hallarían cabida las grandes fábricas y talleres que en el interior no encuentran edificios convenientes; los almacenes de madera, hornos, tahonas, fraguas, y otros establecimientos peligrosos o incómodos, las canteras de construcción, y depósitos de materiales; los corrales, basureros, vaquerías y otras que hoy inficionan y afean el interior de la Villa". La visión y destino de estos barrios extramuros es muy clara para Mesonero, pues "como en todos los pueblos grandes, además de las clases acomodadas que exigen y pueden pagar amplitud, belleza y reposo, existen otras muchas activas e infelices que por conveniencia propia deben vivir separadamente del centro y poseer por una módica retribución el espacio, la ventilación y demás circunstancias análogas". Aquellos cinco arrabales, que significaban una clara segregación social, serían el de Chamberí, Ventas, el de Yaserías o Perchel, mas allá de la desaparecida puerta de Atocha y camino del cementerio de San Nicolás, el del Puente de Toledo y, finalmente, el que también se había comenzado a formar al otro lado del Puente de Segovia.

Junto a este planteamiento general, Mesonero proponía otras mejoras particulares, algunas de las cuales no serían realidad hasta después del 68, tales como la construcción de "mercados cerrados" en las plazas de los Mostenses, Cebada, San Miguel, Carmen, de los Angeles, San Antón y Portillo de Valencia, es decir, en solares formados sobre las demoliciones de José Bonaparte y del primer liberalismo cristino. Se piensa, igualmente, en construir un matadero, una cárcel para delitos comunes y otra para delitos políticos, un hospital de incurables, un manicomio, una maternidad, teatros, "casa modelo de habitaciones particulares", etc., terminando Mesonero Romanos por proponer "elevar una catedral digna de la Corte". El programa era sin duda ambicioso y excedía las posibilidades reales de aquel momento, pero no cabe duda de que supo diagnosticar las carencias de Madrid como capital, trazando un cuadro que se vendría a cumplir a lo largo de los siglos XIX y XX, incluyendo la catedral, exigida, según Mesonero, ya no sólo por religiosidad y patriotismo sino simplemente por amor propio.

A esta amplia serie de demandas vino a corresponder, en 1846, la fundación de una sociedad llamada "La Urbana" que tenía como objetivo "mejorar y ensanchar la población de Madrid", partiendo de un capital inicial de doscientos millones de reales de vellón. Sus fines y oportunidad parecen la respuesta rápida a la posibilidad de que se aprobara el plan de Mesonero. Así, los fines fundamentales de "La Urbana", incluidos en el acta fundacional, eran los siguientes: 1º Construir edificios de utilidad pública en la capital y sus inmediaciones, tales como teatros, mercados, calles, pasajes, casas, etc., reparando las existentes, o levantándolas de nuevo; 2º Formar arrabales y caseríos extramuros en puntos convenientes; 3º Comprar terrenos, y después de hacer de ellos las mejoras oportunas, venderlos o acensuarlos para su edificación; 4º Alquilar a precios módicos los edificios públicos o privados que le pertenezcan y que no le convenga enajenar; 5º Establecer vastos depósitos de materiales de construcción para expenderlos a precio moderado en beneficio común; 6º Anticipar a los dueños de solares los fondos por cuya falta no puedan edificar, bajo razonables cláusulas y condiciones para su reintegro; 7º Celebrar contratos con el Gobierno Supremo o con la autoridad municipal para llevar a cabo cuantas empresas tengan por objeto la mejora de la capital o sus inmediaciones; 8º Crear una caja de ahorros para los empleados y operarios de la Sociedad, a fin de asegurarles a ellos y a sus familias la subsistencia necesaria cuando se imposibiliten para el trabajo. Es decir, todo cuanto hubiera deseado Mesonero como complemento a su plan de mejoras. "La Urbana" desempeñaría en los años siguientes un papel fundamental en la transformación de Madrid, elaborando proyectos e informes, acudiendo a subastas y participando del importante cambio material que se va a producirse en la ciudad. Las mejores imágenes que cabe mostrar de este Madrid en torno a los años 50, coincidiendo con los proyectos de Mesonero Romanos, son las dos perspectivas aéreas de Alfred Guesdon incluidas en la serie *L'Espagne à vol d'oiseau* (París, c.1855), que suponen un testimonio de gran interés, donde el detalle del dibujo permite obtener valiosa información acerca del estado de la ciudad y de sus edificios mas singulares.

Uno de los cambios más espectaculares que se operaron en el interior de Madrid fue, sin duda, el sufrido por la Puerta del Sol, que representa el mayor esfuerzo administrativo, político, urbano y arquitectónico de esta etapa isabelina. De él nos queda una magnífica documentación que nos posibilita seguir muy de cerca la complejidad de aquel proceso (23), en el que unos, sus detractores, querían ver tan sólo una operación de mera estética urbana a la que no podía sacrificarse el bienestar de la población afectada, mientras que para otros, sus defensores, se trataba de una obra de necesidad y utilidad pública ante la que debían ceder los intereses particulares. La baja calidad e insalubridad del caserío en torno a la Puerta del Sol, por una parte, y la angostura de la misma plaza así como el número, estrechez y dirección de las calles que confluían a ella, por otra, además de la necesidad urgente de despejar el entorno

---

(23) NAVASCUES PALACIO, P.: "Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol", *Villa de Madrid*, 1968, núm. 25, págs. 64-81. Más información complementaria en AA.VV.: *La Casa de Correos, un edificio en la ciudad*, Madrid, Consejería de Política Territorial, 1988.

del Ministerio de Gobernación trasladado a la antigua Casa de Correos en 1847, en un momento en que los levantamientos populares en la ciudad son cada vez más frecuentes (24), decidieron al Gobierno a abrir un concurso (1853). Entre los presentados se eligió el preparado por la Junta Consultiva de Policía Urbana, sancionándolo la reina Isabel II y comenzando inmediatamente las obras de derribo que exigía la nueva superficie de la plaza, con el consiguiente rechazo de los afectados basado en la condición del proyecto como de simple "ensanche, alineación y ornato de la Puerta del Sol" (R.O. 22-IV-1854). Tras la Vicalvarada, las Cortes Constituyentes de 1855 declararon finalmente de utilidad pública la reforma de la Puerta del Sol, abriéndose un nuevo período de presentación de proyectos en los que la forma de la plaza, entre rectangular y semicircular, los edificios singulares a incluir en ella (Bolsa, Catedral, Teatro, Tribunales, Junta de Comercio, etc.), el carácter de su nuevo caserío, el alcance de la reforma a las calles inmediatas, la capacidad y ordenación del tránsito, las condiciones facultativas y económicas, etc., dieron lugar a muchas opciones que se fueron quedando en el camino. Cambios de ministerios y criterios dieron y quitaron al mismo proyecto su apoyo, así sucumbieron el presentado por Hamal y Manby, debido a los arquitectos Madrazo y Varona, después de haber sido seleccionado por la Academia de Bellas Artes o el que se encargó directamente por Real Orden a Juan Bautista Peyronnet (1856). Finalmente, durante la etapa moderada del ministerio de Narváez, el proyecto de reforma de la Puerta del Sol pasó del ministerio de Gobernación al de Fomento, por considerarse asunto que competía a Obras Públicas dado que allí se encontraba el kilómetro cero de la red nacional de carreteras. Ello significó también que el proyecto pasó a manos de ingenieros de caminos y concretamente a Lucio del Valle, Juan Ribera y José Morer, quienes estaban trabajando por entonces en el Canal de Isabel II (25). Lucio de Valle, como director de las obras, y el arquitecto Ruiz de Salces, como perito, llevaron a buen ritmo las obras, incluyendo la edificación de las nuevas casas, de modo que en 1862 se deshacía el consejo de obras creado al efecto. El resultado fue ciertamente afortunado y ello benefició a la ciudad, a los particulares, comercio y hoteles que allí surgieron, convirtiéndose en centro renovado y activo de Madrid, el cual, en su animación, produjo un entusiasmo desbordante en Edmundo de Amicis en su visita a España (1871). El Barón Davillier, que conoció la Puerta del Sol antes y después de las obras, en su *Viaje por España* (1875), nos dejó igualmente una visión positiva del conjunto recordando las "horribles construcciones, indignas por completo de una capital", sustituidas ahora por "casas altas y regulares". La nueva planta de la Puerta del Sol con las alineaciones de las calles que a ella confluyen se representan, por primera vez, en el plano de Madrid publicado por José Pilar Morales (1866), en el que se recogen todas las reformas llevadas

---

(24) En el Servicio Geográfico del Ejército se conserva un interesantísimo plano, dibujado y grabado por el Capitán de Estado Mayor Fermín Delmas, que dice "Revolución de julio de 1854. Plano de Madrid con sus barricadas en los días 17, 18 y 19" en el que se detallan todas las que se levantaron en aquellas fechas, destruyendo absolutamente sus arterias hasta resultar imposible mover ningún género de tropas por sus calles.

(25) SAENZ RIDRUEJO, F.: *Ingenieros de Caminos del siglo XIX*, Madrid, 1990.

a cabo en Madrid entre 1848 y 1866. La plaza, además de su original forma, atrae por repetir una misma organización de fachada, dotando a este ámbito de una unidad envidiable que contagia, incluso, a las calles inmediatas. En este sentido se da aquí un cierto patrón muy repetido en el Madrid isabelino consistente en una planta baja y de entresuelo, pensadas para albergar el comercio, y abiertas ambas en un alto zócalo de piedra. Los huecos del entresuelo llevan unos arcos rebajados muy característicos de los años 50-60. Balcones corridos o independientes, ligeramente volados, protegen los pisos superiores. Finalmente, sobre la cornisa, una balaustrada que pone digno remate a la fachada al tiempo que oculta en parte la planta del ático. Una elegante y discreta decoración guarnece los huecos de fachada de estas casas que cuentan, o mejor contaban, con unos portales muy cuidados en sus materiales (mármol, madera, hierro, estucos pintados, etc.) y ornamentación (medallones en relieve con cabezas de mujer, guirnalda, etc.), siendo sin duda los primeros que en las casas de vecinos de Madrid iniciaron la mejora de estos elementos comunes, como prolongación del cuidado que hasta entonces se había detenido en el plano de la fachada sin adentrarse en el interior.

Junto a estas actuaciones de gran pragmatismo, que podrían alargarse si se mencionaran las reformas y alineaciones de calles como las del Arenal, Sevilla, Peligros, Clavel, plazas como la de Isabel II, etc. (26), se dieron utópicos ofrecimientos para realizar proyectos magníficos como el que, en 1862, presentó a la reina el arquitecto y promotor belga Giraud Daguillon. Se trataba de una múltiple y aduladora propuesta que afectaba, en primer lugar, al interior de la ciudad con la apertura del "Boulevard de la Reina", que uniría Palacio con la recién inaugurada Puerta del Sol; en segundo término, proponía la creación del "Barrio de S. M. la Reina Isabel II", entre las puertas de Alcalá, Recoletos y Santa Bárbara, con alamedas y "squares" bautizadas con nombres propios de la historia pasada y reciente, desde Colón a Carlos III; y, finalmente, la "Colina del Rey", en los Carabancheles, donde se levantarían "villas, chalets, cottages, kiosques, etc". La Memoria del proyecto resulta muy completa, incluyendo junto a sus cuidados dibujos otras propuestas no menos interesantes como la de "edificar una villa-modelo para las clases laboriosas", que pone de manifiesto la necesidad de afrontar la cuestión de la vivienda obrera, como ya lo manifestara Mesonero Romanos.

Nada se hizo de este proyecto ni de otros que en la misma línea se ofrecieron entonces a Madrid, pues aparte de la oportunidad o viabilidad de estas propuestas, la ciudad se hallaba empeñada en la definitiva operación del Ensanche y el ingeniero Carlos María de Castro trabajaba de nuevo en esta dirección por encargo expreso del entonces ministro de Fomento, Claudio Moyano. En efecto, en la *Gaceta de Madrid*, del 14 de abril de 1857, había aparecido el Real Decreto por el que se autorizaba al ministro de Fomento para que, oyendo al Ayuntamiento y Diputación provincial

---

(26) RUIZ PALOMEQUE, E.: "Alineaciones viarias de Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1980, T. XVII, págs. 359-390.

de Madrid, formulara un proyecto de ensanche. En el preámbulo de aquel Decreto, el propio Moyano se dirigía a la reina enumerando las razones de la petición, comenzando con las siguientes palabras: "Señora: el aumento de población que en estos últimos años ha experimentado la capital de la Monarquía, las grandes mejoras que en breve deben plantearse en ella, transformándola, puede decirse, por completo, y, sobre todo, las nuevas necesidades creadas por los adelantamientos del siglo, reclaman imperiosamente el Ensanche de la Corte, asunto en el que vienen ocupándose hace largo tiempo la opinión pública y la municipalidad sin haber obtenido hasta ahora resultado alguno..."

Moyano, que se refería sin duda al citado primer y desechado proyecto de ensanche que preparó el ingeniero Juan Merlo, en 1846, encargó ahora a Carlos María de Castro un nuevo estudio que estuvo ultimado en mayo de 1859. Este se llevó a cabo en el seno de la Comisión de ensanche de Madrid, creada al efecto, y con la participación de los alumnos del segundo año de la Escuela de Ingenieros de Caminos, que prestaron una eficaz colaboración en parte de los trabajos de campo. Presentado a la reina, ésta dio su aprobación, el 19 de julio de 1860, "al ante-proyecto de ensanche de Madrid formado por el Ingeniero D. Carlos María de Castro", señalando en nueve artículos la obligatoriedad de sujetarse al plan y repitiendo tres aspectos fundamentales del mismo sobre la anchura de las calles, altura de los edificios y distribución de las manzanas: "Art. 3º. Las calles principales de la nueva población tendrán por lo menos 30 metros de ancho, y las demás 20 o 15 metros, según su longitud e importancia; Artº. 4º. El número de pisos en los edificios particulares no podrá exceder de tres, a saber: bajo, principal y segundo"; Artº. 5º. Las manzanas se distribuirán de modo que en cada una de ellas ocupen tanto terreno los jardines privados como los edificios, dando a éstos dos fachadas por lo menos" (27). Estos dos últimos aspectos suponían una generosa e importante novedad en la edificación madrileña, pero también los que la pronta especulación dejó obsoletos, y por lo tanto los que desvirtuarían el Ensanche, al aumentar el volumen de edificación sobre la retícula de calles y plazas cuya amplitud se fijó inicialmente.

A la vista de lo que ha llegado a ser hoy el Ensanche, apenas si éste se reconoce tan sólo en el plano y en las más antiguas manzanas del mismo, pues todo lo demás se haya muy alejado del anteproyecto de Castro, que con cierta frialdad pero con buen criterio planteó un más que discreto proyecto, hasta el punto de añorarlo en sus líneas básicas. Los criterios y objetivos del Castro quedan recogidos en la *Memoria*, donde se comienza citando con admiración a Cerdá y el Ensanche de Barcelona para lamentarse luego de la falta de referencias, dentro y fuera de nuestro país, que le hubieran ayudado en su trabajo. Castro ha leído las recomendaciones generales de los higienistas sobre la ciudad y la vivienda, conoce la distribución de las manzanas

---

(27) CASTRO, C.M. de: *Memoria descriptiva del anteproyecto de ensanche de Madrid firmado por el Inspector de Distrito del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos*, Madrid, Imp. de D. José C. de la Peña, 1860. Existe nueva ed. del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, con estudio preliminar de A. Bonet, Madrid, 1978; Más HERNANDEZ, R.: *El Barrio de Salamanca*, Madrid, 1982.

de Londres y Nueva York, cita disposiciones sobre la ciudad de París, muestra su interés por "los barrios y edificios destinados a la clase obrera o poco acomodada", dedica una atención notable al arbolado, parques, bosques y jardines, estudia el movimiento y carácter de los vehículos, considera el ferrocarril y hace un diagnóstico certero sobre algunas carencias de Madrid, mencionando de nuevo la falta de edificios monumentales y representativos (Catedral, Museo y Biblioteca Nacional, Ministerios, etc.), pudiendo calificar de moderna e interesante la propuesta general, estando a la altura de lo que en esta materia se lleva a cabo por entonces en otros países.

Las bases sobre las que operó Castro, según su propia declaración, tendían a conservar los paseos y caminos ya existentes en la zona que será del ensanche; procurar calles rectas y largas formando una retícula ortogonal, con algunas intersecciones oblicuas; dotar a las calles de primer orden de una anchura de 30 a 40 metros y a las de segundo orden de 15 a 20 metros; evitar la dirección de los vientos dominantes; aprovechar los accidentes del terreno a fin de evitar grandes movimientos de tierras; comunicar del mejor modo el casco histórico con el Ensanche; y reservar solares para los edificios públicos.

La tarea inicial y más arriesgada consistió en fijar la superficie del ensanche haciendo un cálculo del incremento de la población en los próximos años a tenor del sostenido crecimiento habido entre 1846 y 1857, cuando Madrid pasa de 206.714 almas a 271.252. De este modo, a juicio de Castro, Madrid podría llegar a tener 450.000 habitantes en 1957, cifra ésta que sabemos la alcanzó antes de terminar el siglo. Con este criterio pensó nuestro ingeniero en una superficie total para Madrid de 2.294 hectáreas, de las que 1.494 pertenecerían al Ensanche propiamente dicho, correspondiendo así 45 metros cuadrados a cada habitante, lo cual mejoraba sustancialmente la situación actual que era de poco más de 28 metros cuadrados.

Otra cuestión igualmente importante fue la del alcance y forma del nuevo perímetro de la ciudad. Castro, contra lo que a él le hubiera gustado y resultaba "más lógico y conveniente", se vio obligado a encerrar Madrid considerando su carácter de plaza de interés militar, rodeando la ciudad con un foso y haciendo observaciones sobre la posibilidad de su fortificación y defensa en caso necesario. La incorporación de numerosos e importantes cuarteles en la trama urbana, añadidos posteriormente a petición del ministro de la Guerra y del Gobernador Civil de Madrid, recuerda esta doble preocupación estratégica que acompaña al Plan Castro, sus posibilidades de defensa hacia el exterior y el control del interior de la población. La desaparición de esta barrera perimetral era igualmente desaconsejable a efectos fiscales, pues todavía los portazgos y otros arbitrios se recaudaban en la puertas, registros o barreras de la ciudad, sustituyendo a las antiguas catorce nuevas entradas.

El resultado final es el del ensanche de la ciudad por el Norte, Este y Sur, formado por un damero cuyas calles tienen dirección Norte-Sur y Este-Oeste, con manzanas de distinta superficie pero siempre alineadas de acuerdo con la cuadrícula general. En el encuentro de las calles y con ánimo de romper con la monotonía geométrica

del plano, Castro incorporó plazas circulares y semicirculares, amplias plazas rectangulares ajardinadas, así como cruces en chaflán, al modo de Cerdá en Barcelona. La catedral, nuevas parroquias, edificios públicos, hospitales, institutos, casa de socorro, teatros, matadero, etc. se distribuyen por la ciudad, en la que Castro pensó distribuir a sus habitantes en función de su condición social, dejando para las clases menos favorecidas el sur de Madrid y reservando el Norte, mejor equipado y con mayor desahogo, para la aristocracia en torno a la Castellana, y situando a la burguesía en lo que llegaría a ser el Barrio de Salamanca. Asimismo, en la zona de Chamberí e inmediato a los cementerios se situaría un núcleo fabril (28), mientras que en las inmediaciones del Puente de Toledo se ubica el sector rural.

En unos casos el Plan Castro asume antiguos paseos y accesos consolidándolos como parte del anteproyecto, haciendo coincidir las nuevas calles y avenidas con aquéllos, como por ejemplo los paseos de Pontones, Ocho Hilos, Olmos y Acacias, mientras que en otras situaciones, al conservarse, rompen la regularidad geométrica del plano. Esto sucede con el paseo de las Delicias de Isabel II o de la Fuente Castellana, donde estuvo el conocido monumento de Mariátegui que hoy se encuentra en los jardines de la Arganzuela. Finalmente, el Retiro conocería un notable aumento, con lo que la zona verde total prevista en el Ensanche vendría a ocupar mas de una cuarta parte del mismo. Desgraciadamente muy pocos de los elementos positivos del Ensanche, como este último, llegarían a ser realidad.

Al poco de aprobarse el anteproyecto, el Plan Castro empezó a recibir críticas, como cabía suponer, dada la envergadura de la empresa. Entre los aspectos en que parecen haber tenido una mayor convergencia aquéllas, se encuentra la línea de sutura entre la ciudad vieja y la nueva. Así, Cerdá, para quien el Ensanche no tenía ninguna base económica, administrativa, ni legal, decía que era indispensable hacer una reforma interior en consonancia con el nuevo ensanche (29). Por su parte Fernández de los Ríos añadía: no se comprende cómo una persona tan competente como el señor Castro cayó en el error de cerrar la prolongación natural de las arterias del Madrid actual, dejándolas bruscamente cortadas al llegar a la Ronda, por multiplicadas manzanas de casas, sin más explicación que el capricho pueril de convertir todo el ensanche en un tablero de damas" (30).

Castro fue consciente de haber preparado un Ensanche que en aquellos momentos sobrepasaba la posibilidad de su consolidación, pues estaba pensado como solución al ordenado crecimiento demográfico y físico de la ciudad pero a largo plazo. De ahí su lenta construcción, de ahí la paulatina desviación de los objetivos iniciales, con-

(28) CANOSA ZAMORA, E.: "La periferia norte de Madrid en el siglo XIX: cementerios y barriadas obreras", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1987, T.XXIV, págs. 515-533.

(29) CERDA, I.: *Cuatro palabras sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona del Ensanche de Madrid*, Madrid, Imp. Benigno Carranza, 1861. Vid. *Teoría de la viabilidad urbana y reforma de la de Madrid* de I. Cerdá (Madrid, 1861) en la edición del INAP (Madrid, 1991), con estudios instructorios debidos a F. Muro, P. Rivas y A. Soria.

(30) FERNANDEZ DE LOS RIOS, A.: *Guía de Madrid*, Madrid, 1876, pág. 730.

virtiéndose desde muy temprano en un campo abonado para la inversión y especulación, que llamó a la puerta del capital de sociedades, como la General de Crédito Mobiliario, en la que estaban los Pereire, y de particulares tan señalados como el Marqués de Salamanca. Otras sociedades inmobiliarias como La Peninsular, fundada por Madoz en 1860, prefirieron invertir con mayor seguridad en fincas y construcción de casas nuevas en el casco antiguo de Madrid.

Salamanca, que pasa por haber sido el primer inmobiliario español, dio el nombre a la primera zona construida del Ensanche, en razón a la ambiciosa adquisición, en 1864, de doce millones de pies de terreno, con la intención de formar una Sociedad con capital inglés para urbanizar y construir una parte del Ensanche. Al fallar aquél hubo de sacar a flote aquella inversión en un momento en el que se produce una crisis generalizada que le llevaría a la ruina. En un momento dado escribe Salamanca: "He llegado a construir el barrio mas cómodo de Madrid... pero yo estoy arruinado" (31). Las primeras actuaciones de Salamanca en el Ensanche serían decisivas para el futuro del mismo, pues su primer proyecto, encargado al arquitecto José María Gómez (1863), ya rebasaba la altura prevista en la Ley del Ensanche, de tal modo que hubo una primera rectificación recogida por un Decreto del mismo año 1864, que permitía cinco alturas, en lugar de tres, al tiempo que rebajaba la superficie de los jardines interiores de las manzanas. Estas primeras manzanas sobre la calle de Serrano, de muy buena arquitectura en el proyecto de Gómez, que mereció publicarse en la revista francesa *Nouvelles Annales de la Construction* (32), pasaron por una segunda fase más realista a las que le dio forma definitiva el arquitecto Cristóbal Lecumberri (1864), donde respetándose el jardín interior, tal y como hoy todavía lo podemos ver en las dos únicas que quedan de este momento inicial (limitadas por las calles de Serrano, Villanueva, Claudio Coello y Goya), sin embargo, su arquitectura deja mucho que desear por su modestia, si bien la distribución interior responde al tipo de vivienda burguesa que configuró aquel Madrid que se llamó Moderno (33). Además de estas casas de vecinos, Salamanca emprendió también, en la llamada calle de la S, inmediata a la Castellana, la construcción de una serie de sencillos hoteles unifamiliares, rodeados de pequeños jardines, en los que intervino igualmente Lecumberri, para los que Salamanca debió buscar financiación o compradores en París, a juzgar por la edición en francés de los distintos tipos de hoteles proyectados. La construcción del Barrio de Salamanca, tras el obligado paréntesis del 68, conocería un nuevo impulso y, muy especialmente, después de resolver la comunicación con el "antiguo" Madrid por medio de los primeros tranvías de tiro (1871).

---

(31) TORRENTE FORTUÑO, J.A.: *Salamanca, bolsista romántico*, Madrid, 1969, págs. 193 y 206-207. MAS HERNANDEZ, R.: "La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid", *Ciudad y Territorio*, 1978, núm. 3, págs. 47-52.

(32) FERRAN, A.C., y FRECHILLA, J.: "El Ensanche de Madrid", *Boden Arquitectura*, 1980, núm. 21, págs. 3-28.

(33) DIEZ DE BALDEON, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1986.



Corresponde ahora hacer un breve resumen de lo que representó la arquitectura madrileña bajo el reinado de Isabel II, haciendo un balance a partir de los edificios singulares mas representativos. En este orden de cosas le corresponde la primacía al edificio del Congreso de Diputados, cuyo inicio se hizo coincidir con la mayoría de edad de la reina, habiéndose concluido en 1850. Su arquitecto fue Narciso Pascual y Colomer y su arquitectura es el mejor ejemplo del último clasicismo de tradición académica, en nuestra ciudad. Su significado político exigió el sobrio lenguaje de los órdenes clásicos, en los que el arquitecto, formado en la Academia pero profesor en la nueva Escuela de Arquitectura, se muestra buen conocedor del credo vitrubiano. Como edificios institucionales que quieren evidenciar el apoyo de la monarquía a la educación y la cultura, hay que citar la Universidad Central (1842), construida sobre el antiguo Noviciado de Jesuitas, convirtiendo su iglesia en Paraninfo, y en segundo lugar, aunque con más importancia, el Palacio de Bibliotecas y Museos (1862). Situado éste entre Recoletos y Serrano actuaba, junto a la desaparecida Casa de la Moneda y Fábrica del Sello (1856), como bisagra entre el viejo Madrid y su Ensanche. Ambos edificios fueron proyectados por Francisco Jareño y Alarcón, Director de la Escuela de Arquitectura, si bien las obras excederían el reinado de la reina Isabel. La actual Biblioteca Nacional y Museo Arqueológico Nacional, de interesantes fachadas, redoblan su interés en el palaciego juego de escaleras del interior, donde el resto de la distribución del edificio ha sido radicalmente modificado.

La arquitectura religiosa conoció una etapa de estancamiento fácilmente comprensible en un período que se desarrolla entre dos olas desamortizadoras. Sin embargo se levantó la iglesia ecléctica mas notable de nuestro siglo XIX, estúpidamente derribada hace pocos años aún, debida a Agustín Ortiz de Villajos, la iglesia del Buen Suceso (1863), en la calle de la Princesa. Ocupaba con su hospital una de las manzanas del nuevo Barrio de Argüelles, a donde se trasladó después de la demolición de su viejo edificio a raíz de la obras de reforma de la Puerta del Sol (34). Fue en Madrid el mejor ejemplo de lo que llegó a llamarse "estilo Villajos", imitado por otros muchos arquitectos, desde Galicia hasta Andalucía.

La terminación del Teatro Real (1850) y la construcción del de la Zarzuela (1856), ambos absolutamente alterados hoy; la erección de palacios a la italiana como el bellissimo del marqués de Salamanca en Recoletos (35), obra de Pascual y Colomer e inaugurado en 1858; hoteles al modo francés (36) tocados con mansarda como el desaparecido del duque de Uceda (1864), en la plaza de Colón, proyectado en París por Delaporte (37); "Alhambras" soñadas y hoy perdidas, como la de Xifré y su palacio en el Prado, frente al Museo, terminado en 1865 por el arquitecto francés

---

(34) AUMENTE RIVAS, M.P.: "La reconstrucción de Nuestra Señora del Buen Suceso en la Montaña del Príncipe Pío", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1975, T. XI, págs. 255-273.

(35) NAVASCUES, P.: *Un palacio romántico*, Madrid, 1983.

(36) NAVASCUES, P.: "Influencia francesa en la arquitectura madrileña del siglo XIX: la etapa isabelina", *Archivo Español de Arte*, 1982, núm. 217, págs. 59-68.

(37) NAVASCUES, P.: "Castellana: quién te ha visto y quién te ve", *Lápiz*, 1985, núm. 28, págs. 28-33.

Boeswilde; graves mansiones de sobrio neogoticismo como la del conde de la Unión de Cuba (1866), de Juan de Madrazo, en la plaza de Santa Bárbara (38); el ajardinamiento definitivo de la Plaza de Oriente y las muchas mejoras introducidas o proyectadas en el Retiro (39); la serie de mercados en hierro y cubiertos, ahora proyectados pero inaugurados después del 68, como los de la Cebada y Mostenses; las primeras estaciones de ferrocarril de Atocha y Norte (40); los nuevos cementerios de las Sacramentales (41) y un largo etcétera vendrían a enriquecer también el aspecto arquitectónico de nuestra ciudad.

Un último apunte de orden urbanístico nos llevaría, finalmente, a recordar la triste operación de venta al Estado, en una torpe actuación especuladora, de parte importante del Retiro para formar lo que luego sería el barrio de Alfonso XII, sacrificando así un tercio, prácticamente, de la superficie de la Real Posesión, esto es, la comprendida entre el Paseo del Prado y la calle de Granada —hoy Alfonso XII—, donde se hallaba el antiguo Palacio Real del que sólo se salvaría el Casón y lo que luego sería el Museo del Ejército. La operación tuvo lugar en 1865 y su solar se dividió en diecinueve manzanas en una disposición análoga a la ordenación del Ensanche. Su arquitectura pertenece ya a los años de la Restauración, formando lo que Chueca ha llamado el Barrio Griego (42) sin duda una de las zonas de mayor personalidad de nuestra ciudad. El resto de los jardines quedó muy pronto protegido por un Decreto (6-XI-1868) del Gobierno Provisional, por el que se cedía "para Parque de Madrid el Sitio del Buen Retiro en toda su extensión", debiendo respetar el Ayuntamiento sus límites para destinarlo exclusivamente al "recreo del vecindario de esta capital". Así mismo impedía "la construcción de barrios, manzanas o casas aisladas" en su interior, aunque autorizaba aquéllas como salones de concierto, bibliotecas, estufas, etc, con lo que se iniciaba la última andadura del antiguo Real Sitio, convertido ahora en parque público (43).

Si aquella venta de parte del Retiro se hizo firme en 1865, al año siguiente ya figuraba su nueva parcelación de manzanas en el citado plano de Madrid de 1866, de José Pilar Morales. En él se ve igualmente el estado en el que se encontraba en aquel año el Ensanche, donde se han comenzado a construir en los bordes de algunas manzanas del Barrio de Salamanca, además de las dos primeras manzanas completas ya comentadas de la calle de Serrano. Dicho plano recoge, asimismo, buena parte del nuevo Barrio de Argüelles, sobre la Montaña del Príncipe Pío; el desaparecido

---

(38) NAVASCUES, P.: "El arquitecto Juan de Madrazo y Kuntz", en *Los Madrazo: una familia de artistas*, Madrid, Museo Municipal, 1985, págs. 81-98.

(39) ARIZA MUÑOZ, M.C.: *Los jardines de Madrid en el siglo XIX*, Madrid, 1988.

(40) NAVASCUES, P.: "Las estaciones y la arquitectura de hierro de Madrid", en *Las estaciones ferroviarias de Madrid*, Madrid, 1980, págs. 41-102.

(41) NAVASCUES PALACIO, P.: "Puerta del Angel y Sacramentales", *Madrid*, vol. I, Madrid, 1979, págs. 301-320; y SAGUAR QUER, C.: "El cementerio de la Sacramental de San Isidro. Un Eliseo romántico en Madrid", *Goya*, 1988, núm. 202, págs. 223-233.

(42) CHUECA GOITIA, F.: *El semblante de Madrid*, Madrid, 1951 (Existe una 2ª ed., Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1991).

(43) ARIZA MUÑOZ, M.C.: *Los jardines del Buen Retiro*, Madrid, 1990 (2 vols.).

Barrio de Pozas, sobre la calle de la Princesa; el Barrio de Chamberí, con una distribución de calles y manzanas ajenas al Ensanche de Castro; y, finalmente, la actuación en el sur de la ciudad (44), todo lo cual supuso un esfuerzo urbanístico verdaderamente considerable en el que se desenvolvería la arquitectura de la Restauración Alfonsina.

## REVOLUCION Y RESTAURACION (1868-1898)

*Dicha completa sería para nosotros, testigos presenciales de la espléndida transformación que Madrid debe al siglo XIX..., una marcha tan rápida hacia el equilibrio con las grandes capitales del mundo civilizado, que alcanzáramos a decir de la villa de hoy lo que el Sr. Mesonero de la de ayer: "nadie la conoce".*

(A. Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*, Madrid, 1876.)

Los dos escalones de la actuación urbanística sobre Madrid que venimos recogiendo, esto es, reforma interior y Ensanche, tienen su rigurosa continuación en los años siguientes a la Revolución del 68. El testimonio de Fernández de los Ríos a través de sus dos obras ya citadas, *El Futuro Madrid* (1868) y *Guía de Madrid* (1876), resulta básico para entender lo que sucedió en la ciudad en estos años que comienzan con nuevas demoliciones de conventos e iglesias, para la formación de plazas y ensanche de calles, al tiempo que se derriba cuanto se opone al enlace de las calles del casco antiguo con las del Ensanche de Castro, estudiando sus rasantes y alineaciones. Así, el Ayuntamiento de 1869 derribó: la vieja y principal parroquia de Madrid, la de Santa María, para ensanchar la calle Mayor; la iglesia de Santa Cruz, ensanchándose la plaza de este nombre, la calle de la Bolsa y permitiendo la construcción de algunas casas particulares; la iglesia de San Millán, regularizando la plaza del mismo nombre; el convento de Maravillas, donde surgiría la Plaza del Dos de Mayo y una Escuela Modelo; el convento de Santo Domingo, en cuyo solar se formaría la calle de Campomanes y varias manzanas de casas; lo que quedaba del convento del Carmen Descalzo, para levantar el Teatro Apolo, las casas de Gargollo y ensanchar la calle del Barquillo; el convento de Calatravas, para casas particulares; el convento de Santa Teresa, para abrir paso a las calles de Pelayo y Guttemberg; las tapias de la huerta de las Salesas; etc.

Este mismo Ayuntamiento abrió la ciudad al derribar tapias, cercas y cerramientos de varia especie que la ceñían por varios puntos. Así, derribó las tapias del Retiro; abrió la actual calle de Alfonso XII; tiró el cuartel de Artillería para ensanche del

(44) AA.VV.: *El Ensanche Sur y la Ribera del Manzanares*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1986.

Prado; las tapias del Salitre, del Nuevo Mundo y Campillo de Gilimón, para dar salida a calles como la de Mesón de Paredes, las de la Arganzuela, San Bernabé y Rosario, respectivamente; la cerca de la Montaña del Príncipe Pío, para ensanchar la cuesta de San Vicente, alargar la calle Ferraz, desarrollar el Barrio de Argüelles, ensanchar la calle de la Princesa y abrir la de Ventura Rodríguez; tiró las tapias del cuartel de Conde Duque para dar salida a Amaniel; hizo derribar el Pósito y la antigua plaza de toros para prolongar calles como la de Lagasca y Claudio Coello; etc. Se trabajó a gran ritmo en las rasantes de las nuevas calles del Ensanche como Lista, Padilla, Juan Bravo, etc..

La demolición de la cerca de Madrid permitió, además, la pronta incorporación de unos barrios, hasta entonces extramuros, que ahora jugarían un papel importante en el crecimiento de Madrid, dada la rapidez con que presentaron un gran número de solicitudes de licencias para edificar en ellos. Los más importantes en aquel momento eran los de Argüelles, Santa Bárbara, Indo y Castellana, seguidos de los de Pozas, Valle-Hermoso, Bellas Vistas, Chamberí, Carretera de Aragón, Pacífico, Sur y Peñuelas. Así veía, Fernández de los Ríos, en 1876, el ejemplar Barrio de Argüelles: "Con el derribo de las tapias de la Montaña del Príncipe Pío y parte de las de los Paúles, se ha unido al centro formando dos largas calles que, en siete años, se han poblado de bellos edificios, para enlazar las calles de Leganitos y Duque de Osuna con la de la Princesa; en el lado izquierdo de ésta se han levantado lindísimas casas aisladas de diferentes estilos, con amenos jardines, el palacio de Pozas, el de Cerrajería, varias casas y hoteles del señor Regoyos, el del señor Bona y otras que llenan enteramente el programa acertadamente trazado al ensanche en el preámbulo del decreto del señor Moyano de 1857, que, hablando de la distribución de manzanas para los nuevos edificios destinados a habitaciones, se recomendaba se procurase en lo posible aislar todas las casas y dotarlas de pequeños parques y jardines. El barrio de Argüelles, que es modelo de lo que deberían ser los del ensanche..." Desdichadamente, nada de todo esto queda a excepción del trazado de las calles y del palacio de Cerrajería.

Sobre el elegante Barrio de Indo, dice Fernández de los Ríos en su *Guía*: "Extraviados y como perdidos en el desierto se hallaban en el paseo de la Castellana los palacios de Heredia Spínola, Miranda, Maroto, Mendo y otros, cuando el derribo de la tapia de las Teresas y Salesas abrieron paso a toda una zona de Madrid, desarrollando una importante y preciosa barriada, construida por el señor Indo al lado izquierdo del Paseo del Cisne, con pequeños hoteles de alquiler, caprichosamente trazados por el arquitecto Villajos, que han embellecido mucho el aspecto de la Castellana". Es decir, se produjo una operación de gran alcance para dar continuidad y cohesión al tejido urbano de Madrid, cosiendo al núcleo central los barrios periféricos que, como el de Indo, pertenecían a la aristocracia y alta burguesía.

Ni que decir tiene que el eje Recoletos-Castellana se había convertido en el más elegante de Madrid, desde la plaza de Cibeles, donde don Mateo Murga, marqués de

Linares, levantó su bellissimo palacio —convertido hoy en Casa de América— sobre terrenos del derribado Pósito, hasta el palacio imaginario que Palacio Valdés, en su *Sinfonía Pastoral* (1931), sitúa en la Castellana para aquel rico indiano de nombre Quirós, quien "primero alquiló un hotel en la Castellana" y "después construyó el que hemos visto, dotado no sólo de todas las comodidades sino de un lujo que pocas casas ostentaban en Madrid en aquella época: el techo del comedor pintado por Plascencia; los *panneaux* del salón por Ferrant; los muebles, venidos directamente de París; caballos, coches, diez o doce criados, etc." Palacio Valdés, que aún pudo ver en pie muchos de estos palacetes de la Castellana, parece, no obstante, inspirarse en el referido de Linares cuya reciente recuperación puede dar idea del patrimonio perdido con la destrucción de este singular conjunto, urbano, arquitectónico y artístico, que antaño bordeaba el referido eje de Recoletos y Castellana (45).

El *Plano parcelario de Madrid* publicado por el Instituto Geográfico y Estadístico (1874), bajo la dirección de Ibáñez de Ibero, recoge todas estas elegantes construcciones rodeadas de sus respectivos jardines. Dicho plano, de un interés excepcional por su generalizado rigor y detalle, se ciñe tan sólo al casco antiguo y Ensanche, y es la mejor expresión del Madrid del Sexenio, recogiendo los mencionados derribos y nuevas alineaciones del callejero, al tiempo que complementa la viva descripción que Fernández de los Ríos hace en su *Guía de Madrid* (1876). Este recoge, además, una última realidad suburbana de enorme interés como son los arrabales, mas allá del Ensanche de Castro, cuya absorción no se había previsto planteando un problema ahora que la ciudad se concebía sin foso ni muro de cerramiento. Dichos arrabales, en número de once, se formaron prácticamente sobre las carreteras y caminos de acceso a Madrid, siendo los siguientes: arrabal de Tetuán, pasado el Depósito de Canal y el cementerio de San Martín, habiéndose formado sobre la antigua carretera de Francia; arrabal de Chamartín, donde todavía se encontraba en pie el palacio del Infantado en el que se alojó Napoleón; arrabal de Prosperidad, que fue creciendo a lo largo del camino de Hortaleza, contando en 1868 con sólo diecinueve casas; arrabal de la Guindalera, el mejor urbanizado de todos, estando situado entre el de la Prosperidad y la carretera de Aragón; arrabal del Espíritu Santo, formado sobre las Ventas del Espíritu Santo, en la margen derecha del arroyo Abroñigal, donde la mencionada compañía de La Peninsular construyó una serie de casas de campo con jardín; arrabal de la Concepción, que como los anteriores surgió muy próximo a la carretera de Aragón; arrabal de Vallecas, sobre la carretera de Valencia; arrabal de Toledo, entre el río Manzanares y los Carabancheles; arrabal de San Isidro, entre la antigua pradera de este nombre y el arroyo de Luche; arrabal de Segovia, en la glorieta del puente de Segovia, prolongándose por el lado izquierdo de la carretera de Extremadura; y arrabal del Manzanares, en el paseo de San Antonio de la Florida, a partir de la derribada puerta de San Vicente.

---

(45) NAVASCUES, P.: "Palacios madrileños del ochocientos", en *Casa de América. Rehabilitación del Palacio de Linares*, Madrid, 1992, págs. 23-28. Esta obra contiene otras muchas aportaciones de otros autores, de sumo interés sobre el palacio y sus enseres.

El papel que desempeña Fernández de los Ríos durante el Sexenio guarda una semejanza notable con el que jugó Mesonero Romanos en el Madrid de Isabel II. Fernández de los Ríos cita y sigue en muchos casos, conceptos, ideas y soluciones apuntados años atrás por El Curioso Parlante. Un talante fuertemente crítico, un deseo de emular y abrirse a las naciones "civilizadas" y que hoy denominaríamos europeísmo, la tendencia a mirar hacia París, la visión moral de la ciudad y un difícil equilibrio entre utopía y realidad, acercarían, sin duda, a estos dos hombres. Así, junto a encendidos y utópicos discursos en su *Futuro Madrid*, como "O la revolución ha de ser infecunda, o ha de... declarar propiedad de la nación todas las fincas llamadas del patrimonio de la Corona, todos los edificios y propiedades de las comunidades, institutos y corporaciones que se supriman", aparecen puntuales y realistas descripciones de proyectos como el de reforma de los alrededores de Palacio y su comunicación con las Vistillas de San Francisco, cuyo templo se convertiría en Panteón Nacional. De este modo resucitaba, en parte, el proyecto bonapartista de Silvestre Pérez que luego encontró eco en las Cortes de 1837. La unión de estas dos zonas próximas de Madrid, pero distanciadas por la cuenca de la calle de Segovia, sería una de las más importantes realizaciones urbanas que se llevó a cabo en estos años. La solución de un viaducto en hierro, proyectado hacía mucho tiempo por el ingeniero Eugenio Barrón (1860-1861) pero no comenzado hasta 1872, vendría a resolver definitivamente la necesaria prolongación de la calle de Bailén.

Además de la influencia que Fernández de los Ríos hubiera podido ejercer, a través de su activísima labor de publicista y del *Futuro Madrid*, contribuyendo a formar un estado de opinión sobre la situación de Madrid y sus posibilidades en caso de que triunfase la Revolución del 68, él mismo llegó a tener una responsabilidad directa en muchas obras y proyectos durante un tiempo, cuando "en 1869 tuvimos la honra de pertenecer a la corporación municipal", según cuenta en la *Guía de Madrid*. Aquellos paseos mentales forjados en el París de Haussmann, donde escribió parte de su obra, le acompañaron en muchas de las propuestas. Así, en relación con el mencionado proyecto de reforma de la zona comprendida entre Palacio y San Francisco, elaborado por el arquitecto municipal Francisco Vereá, no puede por menos de evocar el siguiente recuerdo: "En los días en que se proclamaba la República en París, decretó y emprendió la obra colosal de unir las Tullerías con el Louvre".

Asimismo, a Fernández de los Ríos se debe la formación de la Plaza de la Independencia en torno a la Puerta de Alcalá: "Una plaza circular de cien metros de radio, dedicando el arco *A los defensores de Zaragoza*, dándole el nombre de Plaza de la Independencia, y a las ocho calles que de ella debían partir los de Sagunto, Numancia, Covadonga, Granada, Padilla, Bravo, Maldonado y Lanuza", esto es, la sinopsis histórica de la independencia española. El sentido general de la nueva plaza, que desdichadamente se ejecutó con un criterio más mezquino, está inspirado en la plaza de la Estrella de París. En efecto, las referencias a la capital francesa son constantes, así, por ejemplo, proponía la formación de una gran plaza que se asemejara "en forma y dimensiones a la del Trocadero de París", que llevaría el nombre de Plaza de Europa,

a la que desembocarían catorce calles con los nombres de capitales europeas, desde Lisboa hasta Constantinopla. El lugar elegido para situarla, y sobre el que el arquitecto Alejo Gómez empezó a trabajar, estaba limitado por las calles de Fuencarral, Hortaleza y Luchana. También pensó Fernández de los Ríos en una plaza de Colón proyectada sobre la plazuela del Carmen, cuyo lugar se prestaba "admirablemente a hacer de él una reducción de la plaza del Palais Royal", encargándose la elaboración del proyecto al también arquitecto municipal Joaquín María de Vega. Esta plaza vendría a ser una segunda Plaza Mayor de Madrid, de planta rectangular, totalmente cerrada y con pórticos en la planta baja. Basten los ejemplos citados para acercarnos al mundo de ideas propuesto por Fernández de los Ríos que remiten a un planteamiento urbano de altos vuelos, concebido a la vista del París de Napoleón III pero sin el apoyo, aquí, de un Segundo Imperio.

La arquitectura apenas si tuvo posibilidades ni tiempo para iniciar algo significativo en estos años, contentándose con proseguir con obras ya comenzadas o ejecutar algunos urgentes proyectos que no cabía dilatar, como la construcción de mercados cubiertos. Es ahora cuando los dos mas importantes mercados en hierro con los que contó Madrid, el de la Cebada y los Mostenses, se comenzaron a construir (1870), si bien se inaugurarían coincidiendo con la Restauración Alfonsina en 1875. Su arquitecto fue Manuel Calvo y Pereira quien aprovechó los modelos de Les Halles de París, siendo también de aquella ciudad la compañía Camne que suministró los elementos de fundición para su posterior montaje en Madrid.

Aquella arquitectura en hierro y acero, que se presenta no sólo como una revolución en las técnicas constructivas, sino como un duro golpe, al menos inicialmente, a la concepción estilística de la arquitectura, configura un apasionante capítulo de la arquitectura madrileña del que sólo quedan algunos ejemplos que conviene recordar. Desaparecidos los mercados, son las estaciones de ferrocarril las estructuras más complejas que pueden retrotraernos a aquella segunda edad del hierro, en la que el nuevo material era signo de progreso. En las estaciones de Delicias (1879), Norte (1879) y Atocha (1888), con tres soluciones constructivas distintas, es posible ver aquellas carenas o marquesinas, como se decía entonces, que en otro tiempo cobijaron las máquinas de vapor cubriendo al tiempo vías y andenes. A su vez, las estaciones arrastraban consigo una red viaria que significó un nuevo elemento de cierre respecto a la ciudad, produciendo un gran impacto urbano y limitando o transformando anteriores planteamientos de crecimiento (46). No sólo las tres estaciones de viajeros citadas, sino también la de Imperial, dedicada a mercancías, así como las de Arganda o Goya, ambas de vía estrecha, y muy especialmente la línea de circunvalación, condicionaron el futuro crecimiento y carácter de toda la zona sur de Madrid. Todo este

---

(46) GONZALEZ YANCI, M.P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la Geografía Urbana de la ciudad*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977; AA.VV.: *Las Estaciones Ferroviarias de Madrid. Su arquitectura de incidencia en el desarrollo urbano de la ciudad*, Madrid, COAM, 1980; LOPEZ GARCIA, M.: *M.Z.A. Historia de sus estaciones*, Madrid, 1986; y AGUILAR, I.: *La estación de ferrocarril, puerta de la ciudad*, Valencia, 1988 (2 vols.).

nuevo tejido ferroviario aparece reflejado por vez primera en el plano de Madrid publicado por Emilio Valverde en 1884.

El hierro y el cristal, con el que se cerraron las monteras de las tres estaciones principales de Madrid, donde la tecnología y el proyecto están vinculados a las empresas extranjeras que habían obtenido las distintas concesiones, fueron los materiales con los que se hizo el bello Palacio de Cristal en el Retiro, concebido como gran estufa para albergar las plantas exóticas de la Exposición de Filipinas de 1887. Su autor, Ricardo Velázquez Bosco (47), es uno de los arquitectos mas representativos del Madrid Alfonsino a quien debemos, en el mismo Retiro, el llamado Pabellón de Velázquez, donde también empleó columnas de fundición y una cubierta metálica para albergar la Exposición de Minería de 1883. No fueron estos los únicos proyectos pensados para los antiguos jardines del Buen Retiro, pues ya en 1876, el arquitecto británico R. Morham había presentado uno de un magnífico Concert Hall en hierro y cristal y, años más tarde, en 1891, con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento de América, el arquitecto Alberto de Palacio, autor a su vez de la mencionada estación de Atocha, propuso levantar un monumento en forma de globo terráqueo, cuyo diámetro sería igual a la altura de la Torre Eiffel y, como ésta, todo en hierro. Con motivo de aquel proyecto escribió Emilio Castelar un canto al hierro y su aplicación a determinadas arquitecturas: "El hierro ha entrado como principal material de construcción en cuanto hanlo pedido así los progresos industriales. Para recibir bajo grandes arcos las locomotoras, para cerrar el espacio de las estaciones de ferrocarriles, para erigir esos inmensos bazares llamados Exposiciones Universales, no hay como el hierro, que ofrece mucha resistencia con poca materia, y el cristal que os guarda de las inclemencias del aire y os envía en su diafanidad la necesaria luz...". No obstante era pesimista sobre el futuro del hierro y, en especial, en relación con la tradicional arquitectura monumental, moviéndose sus palabras en la eterna disyuntiva entre utilidad y belleza, entre arte e industria (48). El tiempo le daría la razón a Castelar, en el sentido de que se abandonó demasiado pronto el entusiasmo por la férrea arquitectura haciendo desaparecer los referidos mercados de la Cebada y Mostenses, derribando los frontones cubiertos de Jai-Alai y Fiesta Alegre, habiéndose perdido igualmente muchos edificios de metálica estructura que en su "diafanidad" aseguraban perfecta visibilidad. Sean los casos del Circo Price, el Gran Panorama Nacional, la antigua plaza de Toros, la Cárcel Modelo, el depósito de libros de la Biblioteca Nacional o los magníficos patios gemelos del Museo Arqueológico Nacional.

Afortunadamente se han conservado otros edificios que, como perlas, conservan en su interior algunas estructuras, mayores y menores en cuanto al alcance de las mismas, como puedan ser la Biblioteca del Senado y la Escuela de Minas, respectivamente.

---

(47) BALDELLOU, M.A.: *Ricardo Velázquez Bosco*, Madrid, 1990.

(48) NAVASCUÉS PALACIO, P.: "La arquitectura del hierro en España durante el siglo XIX", *Construcción, Arquitectura, Urbanismo (CAU)*, (Barcelona), 1980, núm. 65, págs. 42-64.



En la arquitectura madrileña de la Restauración, y al margen de lo que significa el hierro, se pueden agrupar los edificios más representativos en función de su pertenencia a los distintos "ismos" de signo historicista que, bajo el general paraguas del eclecticismo y de un todavía vivo y hondo romanticismo, definen la arquitectura del último cuarto de siglo en Europa. No obstante, Madrid ofrece una imagen inédita en otros ámbitos y que conocemos como neomudéjar, esto es, un "revival" propio que volvió a utilizar el ladrillo como material básico, al tiempo que resucitaba el rico repertorio ornamental de inspiración mudéjar. Surge así, en definitiva, una arquitectura castiza que se identifica muy fuertemente con Madrid, fácil de reconocer en las torres e iglesias como las de Santa Cruz (1889), San Fermín de los Navarros (1891), la Paloma (1896), etc., y que también prestó textura, color y forma a la serie larga de conventos, colegios religiosos e instituciones benéficas que surgieron en estos años en la ciudad. Muchas han desaparecido pero otros permanecen, como el Colegio de Santa Susana (1888), siendo muy larga la lista si se recogieran aquí todos los levantados en los primeros años del siglo XX, cuyos arquitectos y edificios responden, en una segunda hornada, a esta misma tradición (49).

El impulsor de este neomudejarismo, que tuvo eco en todo el país, fue Emilio Rodríguez Ayuso, a quien se debe la antigua y magnífica plaza de Toros de Madrid (1874), la llamada de la carretera de Aragón, que, después de la modesta plaza de toros de Toledo, es la primera en definir con esta imagen morisca un coso taurino. Su aspecto era imponente y en la elección del estilo debió pesar la vieja tradición, ya recogida por Nicolás Fernández de Moratín y grabada por Goya en la serie de *La Tauromaquia*, de que toros y moros iban juntos. Así, en la conocida *Carta histórica...* de Moratín sobre el origen de las fiestas de toros, se puede leer acerca de este espectáculo que "lo celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa". Ayuso supo manejar con originalidad el ladrillo visto, formando mil labores pero sin que ello hiciera perder gravedad y empaque arquitectónico al edificio. A partir de entonces la mayor parte de las plazas de toros españolas fueron de corte morisco, incluyendo también la célebre Praça de Touros do Campo Pequeno, de Lisboa, construida en 1890 a la vista de los planos de Ayuso para la de Madrid. No sabiendo o queriendo conservar la plaza de Ayuso en el plan de ordenación de la ciudad, se derribó ésta en 1934, después de haber finalizado la actual plaza Monumental de las Ventas, que de algún modo supone un respetuoso pero lejano remedo de la de Rodríguez Ayuso. Este arquitecto es, asimismo, el autor de las conocidas Escuelas Aguirre (1884), un bellísimo edificio en el que Ayuso supera el mimetismo formal de los elementos más característicos de la arquitectura mudéjar, para experimentar con éxito la utilización del ladrillo con un acento propio no historicista. Con ladrillo y motivos neomudéjares se hicieron igualmente edificios de viviendas en el paseo del Prado, calle de Bailén, Toledo, etc., afectando incluso a alguno de los palacetes levantados en estos años, como el que

---

(49) ADELL, J.M.: *Arquitectura de ladrillos del siglo XIX. Técnica y forma*, Madrid, 1986.

Fort proyectó (1889) para el conde de Valencia de Don Juan, hoy Instituto y Museo del mismo nombre.

Junto a la arquitectura del hierro y el neomudéjar hay que mencionar la nómina larga de iglesias conventuales y parroquiales que buscaron en la arquitectura gótica el verdadero "estilo cristiano", como entonces se decía. Entre las que subsisten cabe destacar la de las Salesas (1880), obra del arquitecto Federico Aparici, y entre las últimamente derribadas la del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús (1880), un magnífico conjunto en la calle de Claudio Coello que proyectó el marqués de Cubas, a instancias de doña Ernestina Manuela de Villena, ocupando uno de los solares del Ensanche que día a día va abriendo y nivelando calles para formar las nuevas manzanas.

Sin embargo, la obra más representativa y ambiciosa de este capítulo neogótico madrileño es la catedral de la Almudena en su original proyecto del mismo marqués de Cubas, que supone en nuestra ciudad la expresión mas aguda del neocatolicismo de la Restauración Alfonsina. El origen y desarrollo de su fábrica es complejo y dilatado en el tiempo hasta llegar a nuestros días (50), pudiéndose resumir del siguiente modo. Por una parte, Madrid ambicionaba una catedral desde el siglo XVI, chocando en su pretensión con el arzobispado de Toledo. En segundo lugar, era necesario alzar la nueva parroquia de Santa María, derribada en 1869 para ensanchar la calle Mayor. Por último, la muerte de la Reina Mercedes sin haber dado un sucesor a la corona, le impedía ser enterrada en el Panteón Real de El Escorial al tiempo que reclamaba un lugar para su entierro adecuado a su condición. El proyecto de una monumental y nueva parroquia de Santa María de la Almudena para depositar en ella los restos de la reina Mercedes y la posterior creación de la diócesis de Madrid, por una Bula de León XIII (1885), resolvió satisfactoriamente un triple problema en un sólo edificio. Este se había iniciado como parroquia en 1883 de acuerdo con un megalómano proyecto de Cubas, cuyo imponente aspecto original ha mantenido bien la maqueta conservada. El arquitecto falleció sin haber visto terminada del todo la cripta, y a partir de entonces y dado el excesivo costo de la obra, ésta se fue apocopando y cambiando de carácter y estilo hasta su imagen actual debida a Fernando Chueca. El marqués de Cubas, ferviente admirador del neogótico historicismo a lo Viollet-le-Duc, hizo sin duda un proyecto interesante en sí pero poco realista y excesivo, especialmente si se tiene en cuenta su ubicación frente al Palacio Real.

Mas allá de los lenguajes historicistas, los últimos veinticinco años del siglo conocieron una "nueva" arquitectura que llamaremos ecléctica, en sentido estricto, y que es la mas original aportación del siglo XIX a la historia de la arquitectura. Se trata de proyectos libremente concebidos sobre la base de una elección parcial e interesada de lo que la historia les proporcionaba, pero en una combinación original y arriesgada que dio

---

(50) NAVASCUES, P.: "La catedral de Santa María de la Almudena de Madrid", en *Las propuestas para un Madrid soñado. De Texeira a Castro*, Madrid, 1992, págs.

muy buenos frutos. Con esta nueva medida hay que valorar el rico capítulo de la arquitectura madrileña de estos años en los que vive una de sus etapas edilicias más felices que imprimieron carácter en la ciudad. Esto es lo que ocurre con edificios institucionales tan representativos como el Banco de España, cuya primera piedra puso Alfonso XII en 1884 (51), la Bolsa de Comercio (1885), obra de Repullés y Vargas, el Ministerio de Fomento (hoy de Agricultura) y la Real Academia de la Lengua Española, ambos de 1891, entre otros muchos que cabría citar. Este eclecticismo de varia especie dio lugar también a interesantísimos templos, como el de la Real Basílica de Atocha (1890), que aspiraba a un complejo programa de funciones en el que fundamentalmente jugaría el papel de iglesia de Corte, para todo el ceremonial político-religioso de carácter oficial, sustituyendo a la misión desempeñada hasta entonces tanto por la antigua iglesia de Atocha como por la de San Jerónimo. La obra no se llegaría a terminar y la parte ejecutada se convertiría en Panteón Nacional de Hombres Ilustres (52). Su arquitecto fue Fernando Arbós, autor igualmente del primer proyecto de la Necrópolis del Este o cementerio de la Almudena (1878), cuyo carácter y monumentalidad están en consonancia con el Madrid Alfonsino. No obstante esta obra, dada su envergadura, sería tarea a desarrollar en años posteriores a los que aquí limitan nuestra exposición (53), dando lugar a una modificación sustancial que, sin embargo, no afectó a la disposición en planta de este cementerio que propuso un modelo distinto al del viejo sistema de patios. Arbós, como otros muchos de los arquitectos citados en este período seguirían activos en los primeros años del siglo XX, prolongando así en la nueva centuria los rasgos básicos de toda esta arquitectura ecléctica (54).

Al cerrarse el siglo, Madrid, en efecto, no podía reconocerse a sí misma como ciudad ni como arquitectura, de tal manera que comparando el ya citado plano del Madrid que ocuparon los franceses en 1808 con el que Facundo Cañadas publicó en 1900, se podría medir bien no sólo su crecimiento sino la sustancial mejora experimentada en todos los órdenes. En el plano de Cañada aparecen, efectivamente los cambios experimentados en el aspecto urbanístico y, a la vez, se pueden ver con algún detalle los mencionados edificios de la Cárcel Modelo, Bolsa o Banco de España, entre otros. Pero la novedad más sorprendente del plano de Cañadas no se sitúa ya en el interior de la ciudad sino en su periferia, en el crecimiento de barrios como Cuatro Caminos, Tetuán, Guindalera, Ventas, Pacífico, etc., donde tendrán lugar experiencias varias sobre la vivienda obrera (55). No obstante, y siendo todo ello muy

(51) NAVASCUES, P.: "El Banco de España en Madrid. Génesis de un edificio", en *El Banco de España. Dos siglos de historia 1782-1982*, Madrid, 1982, págs. 91-129.

(52) AÑÓN, C., y SANCHO, J.L.: "Atocha: del viejo santuario a la nueva basílica", en *Arquitectura madrileña de la primera mitad del siglo XX*, Madrid, Museo Municipal, 1987, págs. 45-61.

(53) CORTES PRIETO, S., y otros autores: "Fernando Arbós Tremanti", en *Arquitectura madrileña de la primera mitad del siglo XX*, Madrid, Museo Municipal, 1987, págs. 19-43.

(54) ALONSO PEREIRA, J.R.: *Madrid 1898-1931. De Corte a Metrópoli*, Madrid, 1985.

(55) VALENZUELA RUBIO, M.: "Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921)", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1983, T. XX, págs. 63-96.

notable, el plano de Cañadas nos interesa ahora de forma especial por ser el primero en reflejar la hermosa realidad de la Ciudad Lineal de Arturo Soria, en el primer y único tramo que se llegaría a realizar, entre Chamartín y Canillejas.

Unos años más tarde, la Compañía Madrileña de Urbanización (CMU), creada en 1894 para poner en ejecución el proyecto de Arturo Soria, describía idílicamente aquella primera experiencia, sin duda con fines propagandísticos pero respondiendo igualmente a una realidad incontestable: "La primera barriada de la Ciudad Lineal está formada por una gran calle de 40 metros de anchura y 5.200 metros de longitud, desde la carretera de Aragón hasta el Pinar de Chamartín, y recorrida por un tranvía eléctrico que enlaza con Madrid, llegando por un lado hasta las Ventas y por otro hasta Cuatro Caminos. Tiene agua abundante del Lozoya y de distintos manantiales, canalizada convenientemente en toda su extensión; kioscos para los servicios de teléfono, vigilancia y salones de espera para viajeros; fábricas de fluido eléctrico para alumbrado y fuerza motriz; millares de árboles y macizos de flores que la sanean y embellecen. Y a un lado y otro de esa gran avenida, manzanas de terreno de 80 y 100 metros de fachada por 200 de fondo, divididas en lotes de diversos tamaños y separadas unas de otras por calles transversales de 20 metros de anchura, también con arbolado abundante, y donde hay centenares de casas a diferentes precios, unas de lujo y otras más modestas, hoteles aristocráticos, hoteles burgueses y hoteles obreros, según la posición social de las familias que los habitan, pero todos aislados y rodeados de huertas y jardines, y entre cuyo crecido número de construcciones, que aumentan sin cesar, existen colegios para la infancia, academias, iglesias, tiendas de comestibles y de otros artículos de primera necesidad, talleres de varios oficios, fábricas y gran parque de diversiones con lujoso salón-restaurante, teatro, frontón, velódromo y otros diversos recreos para solaz y esparcimiento de los habitantes de la Ciudad Lineal y también de los millares de vecinos de Madrid que desean pasar un día en el campo respirando aire puro en sitio ameno, cómodo y agradable" (56).

Como se puede observar no se trata sólo de una propuesta simplemente formal, aunque el desarrollo lineal de la ciudad pudiera hacernos concluir esto, sino que esconde un proyecto social de mayor alcance, de tal forma que la ciudad se convirtiera en aquello que Aristóteles exigía a la polis griega, un lugar para ser feliz. La higiene, la cultura, la naturaleza, la industria, el ocio y, sobre todo, la convivencia social, están en la base del pensamiento de este soñador que se llamó Arturo Soria (57), manteniéndose siempre en un difícil equilibrio entre la utopía y la realidad, llegando a proponer una de las soluciones más interesantes y originales de la historia del urbanismo contemporáneo (58). La Ciudad Lineal es, igualmente, muy anterior a la propuesta de Howard sobre la Ciudad-Jardín, cuyo parecido zanja Soria de modo tajante,

---

(56) *Datos acerca de la Ciudad Lineal*, Madrid, Imp. de la Ciudad Lineal, 1911.

(57) COLLINS, G.R.; FLORES, C., y SORIA Y PUIG, A.: *Arturo Soria y la Ciudad Lineal*, Madrid, 1968; y MAURE RUBIO, M. A.: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, Madrid, 1991.

(58) TERAN, F. de: *La Ciudad Lineal antecedente de un urbanismo actual*, Madrid, 1968.

en 1904, dos años después de la publicación *Gardens Cities of Tomorrow*: "Mono es a hombre como Ciudad Jardín es a Ciudad Lineal".

Para Soria "hacer una ciudad nueva es mucho mejor que remendar una vieja. La Gran Vía proyectada y las grandes reformas del interior de Madrid tardarán en ser ejecutadas, dado el caso de que se hagan... ", proponiendo en su lugar la construcción de una ciudad lineal, uniendo dos ciudades puntos, en la que no se permitiría "ocupar con edificación más de la quinta parte del terreno a fin de que el resto sea ocupado por los árboles, huertas y jardines, convirtiendo los áridos alrededores de Madrid en sitios amenos y saludables". Asimismo, sus edificaciones no podrían tener más de tres plantas, y las casas serían independientes unas de otras, con cuatro fachadas, accesibles todas al aire y a la luz.

Este tipo de propuestas se hacía eco de las últimas y más modernas teorías higienistas, difundidas no sólo a través de las revistas especializadas sino del eco que encontraron en algunas novelas, entre visionarias y proféticas como la publicada por Julio Verne, en 1879, con el título de *Los quinientos millones de la Béguin*, donde el autor concibe igualmente una ciudad modélica. Entre sus principios se encontraba el aislamiento de las casas por un jardín, la ocupación de las mismas por una sola familia, la limitación de alturas, la necesidad de ventilación y soleamiento de sus fachadas, así como la obligación de guardar una distancia entre el edificio y la calle, todo ello de forma prácticamente idéntica a como Soria concibe inmediatamente después su Ciudad Lineal.

En efecto, en ésta tampoco se podría construir a menos de cincuenta metros de la línea de fachada sobre la vía principal o transversal, por lo que cada casa se encontraría en medio de un jardín. El planteamiento lineal de la ciudad imposibilitaría, a su vez, la especulación con los terrenos, pues lejos de tener éstos un valor relativo en razón de su proximidad con el centro de la ciudad de desarrollo radial, todos los solares tendrían un valor igual por guardar la misma distancia respecto a una línea que puede prolongarse indefinidamente. La única variación en el precio de los solares estribaría en el número de metros cuadrados que éstos tuvieran. Estas y otras ideas que completarían el proyecto final de la Ciudad Lineal fueron apareciendo desde 1882 en periódicos y revistas como *El Progreso*, *La Dictadura* y, sobre todo, en *La Ciudad Lineal*, a partir de su fundación en 1897, siendo ésta una de las primeras revistas españolas dedicadas específicamente a urbanismo. En esta revista se halla una valiosa información sobre los problemas del Madrid contemporáneo a los que siempre se encuentra solución desde la alternativa de la Ciudad Lineal.

El punto de partida de todo el pensamiento urbanístico de Soria radica en la locomoción: "Del problema de la locomoción se derivan todos los demás de la urbanización. En toda agrupación consciente o inconsciente de viviendas, cualesquiera que sea el número e importancia de éstas, el primer problema, el fundamental, de la urbanización, del cual se derivan todos los demás, es el de la locomoción, el de la comunicación de unas casas con otras". Por ello, su primer proyecto consistió en la

creación de un "ferrocarril-tranvía" de circunvalación, aprobado por las Cortes de 1892, para unir entre sí las poblaciones inmediatas a Madrid (Fuencarral, Hortaleza, Canillas, Vicálvaro, Vallecas, Villaverde, Carabanchel y Pozuelo de Alarcón), y, a su vez, éstas con la capital.

El paso siguiente sería la fundación de la CMU, que tendría por objeto la "compraventa de terrenos, construcción y explotación de tranvías que pongan en comunicación los pueblos de los alrededores de Madrid..., servicio de aguas y edificación, alquiler y venta de casas al contado o a plazos", así como la construcción de la Ciudad Lineal propiamente dicha, cuya longitud inicial se estimaba en cincuenta kilómetros, de los que sólo se hizo una décima parte, según se ha dicho anteriormente. El escepticismo que produjo el proyecto de la Ciudad Lineal, dado a conocer por Soria en 1892, y las dificultades de financiación de los primeros años, las explica el autor diciendo que: "desamparado por los potentados del capital, apeló poderosamente a la democracia de los pequeños capitalistas, excitó a los pobres a redimirse a sí propios por la virtud del esfuerzo individual y colectivo... ", logrando crear con ellos la citada CMU. En aquel año de 1894, escribe Soria en *La Ciudad Lineal* (1897), "la murmuración canallesca calificaba de timo a la Ciudad Lineal, en 1895 principiaron a disiparse las dudas acerca de la moralidad del propósito, pero fue calificado de disparate imposible de realizar...; logramos en 1896 que muchas gentes que consideraban utópico el proyecto lo viesan ya como cosa razonable y posible, pero de muy lejana realización; ya en el cuarto año de vida, en el presente de 1897, la buena administración y la buena intención del proyecto han tenido elocuentísimas y concluyentes demostraciones..."

Soria se refería con ello a que en 1897 eran ya seiscientos los accionistas que acudieron al reclamo publicitario de "Para cada familia, una casa; en cada casa, una huerta y un jardín", de tal modo que en aquella fecha se habían terminado treinta y tres construcciones y la Ciudad Lineal estaba habitada desde la manzana número 75 a la número 100. Estas construcciones correspondían a tres tipos básicos, hoteles de lujo, burgueses y obreros, cuyas variantes respetaban su correspondiente patrón. Durante la segunda mitad de nuestro siglo XX, la Ciudad Lineal conoció un deterioro y abandono absolutos que la posterior reordenación urbana terminó por desfigurar, abandonando cuantos principios y límites se había impuesto esta original y generosa iniciativa privada debida a don Arturo Soria y a la Compañía Madrileña de Urbanización (59).

Respecto a la Gran Vía ya se dijo en la introducción que es una realidad que pertenece por entero al siglo XX, si bien conoció una larga etapa preparatoria que corresponde al siglo XIX. Ello nos retrotrae a la época isabelina, cuando en 1862 se aprueba la prolongación de la calle de Preciados para unirla con la plaza de San

---

(59) NAVASCUES, P.: "La Ciudad Lineal de Arturo Soria", *Villa de Madrid*, 1970, núm. 28, págs. 49-58; y "Ciudad Lineal", en *Madrid*, 1979, vol. III, págs. 1101-1120.

Marcial, aproximadamente la que hoy sería plaza de España. Una vez iniciados los expedientes de expropiación y derribo, la obra se dilató mucho por su complejidad, dando lugar a cambios de parecer y dirección respecto a la nueva calle. En 1886 se aprobó el trazado presentado por Carlos Velasco en el que se contempla una Gran Vía de tres tramos pero con un recorrido distinto al que hoy tiene. Era el año del estreno de la zarzuela de Federico Chueca. Desechado el proyecto de Carlos Velasco, quien a su vez había trazado otra Gran Vía para unir la plaza de la Cebada con la calle de Fuencarral, cruzándose con la anterior, aún hemos de esperar hasta el mismo año de 1898 en que, siendo alcalde de Madrid el conde de Romanones, se encargó un estudio definitivo de la Gran Vía madrileña a los arquitectos municipales López Sallabery y Octavio, quienes lo tuvieron ultimado en 1901. Comenzaba así el nuevo siglo, viendo la aprobación de este proyecto, en 1904, y el comienzo de unas obras, en 1910, que transformaron esta parte de la ciudad (60) con unos criterios que, válidos en los años de Haussmann, ya habían dejado de tener vigencia como solución deseable.

---

(60) RUIZ PALOMEQUE, E.: "El trazado de la Gran Vía como transformación de un paisaje urbano", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1977, T. XIV, págs. 347-358.

